

372.4
Mon
L

Mon

LIBRO TERCERO

DE

LECTURA

POR EL

DR. ARTURO MONTORI

RESERVA



HABANA

LIB. E IMP. "LA MODERNA POESIA"

OBISPO 129 AL 139

RESERVA



Registrada al folio 140 No. 5234
del libro segundo.

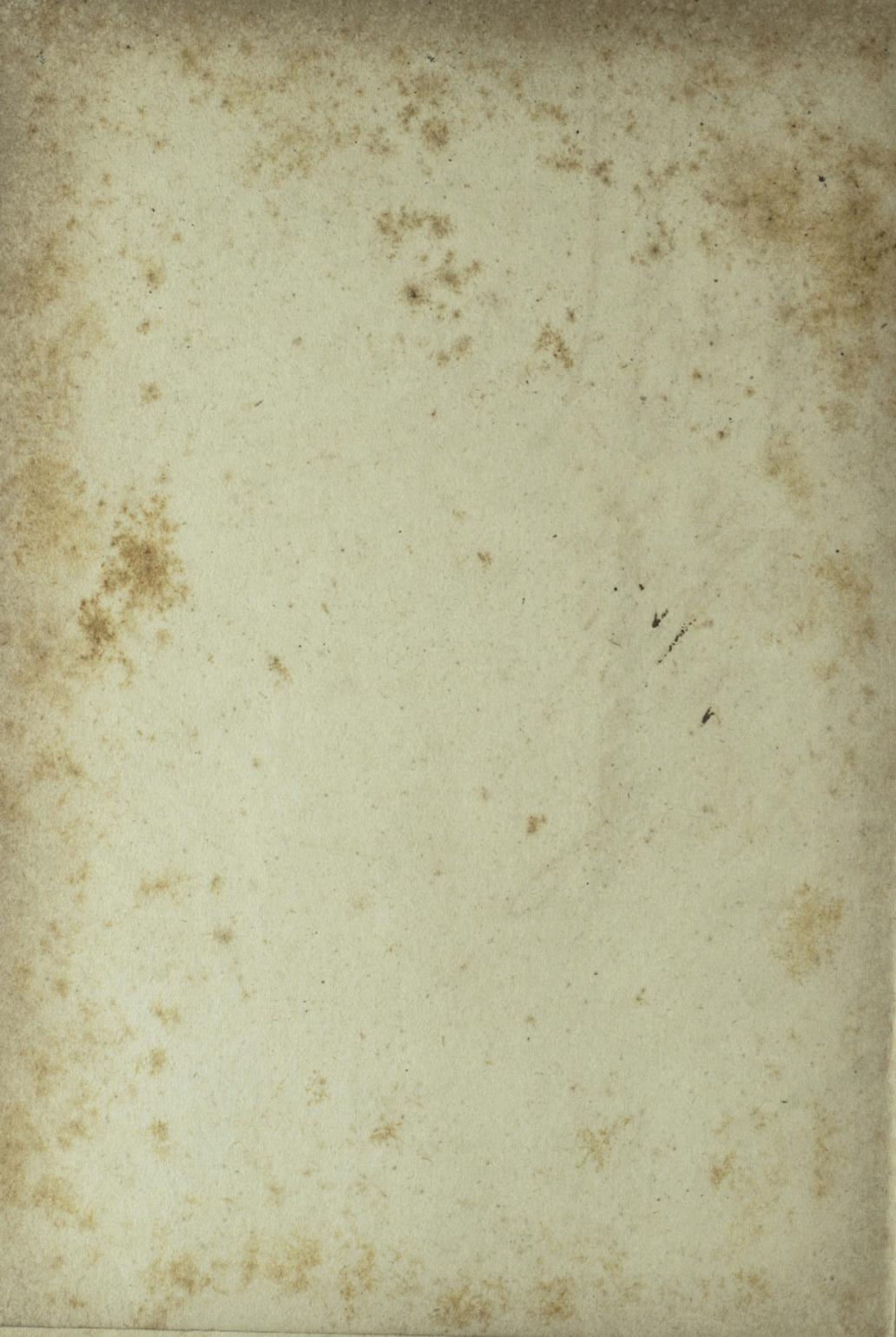
Habana 6 de Aho. de 1824

Vto. Luc.

Mr. [illegible]

Jose A. Gornal Em. C. O. V. [illegible]







LIBRO TERCERO

DE

LECTURA

POR EL

DR. ARTURO MONTORI

PROFESOR DE GRAMÁTICA Y LITERATURA DE LA ESCUELA NORMAL
PARA MAESTROS DE LA HABANA
EX DIRECTOR DE LA MISMA INSTITUCION

ILUSTRACIONES DE F. HENARES

OBRA DE TEXTO

APROBADA POR LA

JUNTA DE SUPERINTENDENTES DE ESCUELAS
EL 5 DE OCTUBRE DE 1918

HABANA

LIBRERIA E IMPRENTA "LA MODERNA POE"IA"

PI Y MARGALL 129 AL 135

1924

Arturo Montori

PRÓLOGO

A LOS MAESTROS

Las mismas ideas directrices que sirvieron de norma en la preparación del Libro Segundo de Lectura, han inspirado la disposición de éste, por lo que todas las indicaciones contenidas en aquél, pueden darse aquí por repetidas.

Los niños en cuyas manos ha de ser puesto este libro poseen las mismas características mentales que en la edad inmediatamente anterior, en que fueron lectores del Libro Segundo.

La misma afición por los cuentos, el mismo interés por las formas dramáticas o descriptivas y la misma imposibilidad de comprender el pensamiento íntimo de las composiciones puramente líricas son propios durante mucho tiempo de la mentalidad infantil.

Por esto, la mayor parte de las lecciones que componen este libro son cuentos, descripciones, fábulas, documentos históricos o poesías patrióticas.

Lo mismo puede decirse en cuanto a la estructura orgánica: este libro ha sido arreglado conforme al mismo plan que el Libro Segundo.

De las tres lecciones señaladas para cada semana, una es siem-

pre una composición poética, que, además de ser estudiada, los alumnos pueden aprender de memoria y recitar.

En manos de los maestros queda, pues, este libro, que ha sido compuesto con el más ferviente deseo de que pueda llegar a ser utilizado por ellos como un instrumento eficiente, en su alta misión de educar a la niñez cubana, propósito primordial en que todos debemos inspirar nuestros esfuerzos.

EL AUTOR.



CAPITULO I

EL PRIMER DIA DEL CURSO.

¡Terminaron las vacaciones!

Han comenzado de nuevo las clases en todas las escuelas.

Yo he acudido a la mía con gran deseo de ver a mis compañeros del curso pasado.

He visto a muchos; pero a otros no los he visto todavía.

Quizás algunos no hayan podido venir a inscribirse hoy; otros se habrán mudado de barrio y les corresponderá asistir a otra escuela.

He cambiado de aula y de maestro, pues, en este año, voy a cursar el tercer grado, así es que habré de estudiar muchas lecciones nuevas.

¡Tengo muchos deseos de empezar a trabajar!
Papá y mamá se alegraron mucho al fin del curso pasado cuando supieron que este año, debía pasar a un nuevo grado.

En este curso estudiaré con el mismo empeño que en el anterior para no tener que repetirlo.

Todos mis compañeros están alegres como yo.

El maestro parece muy bueno; yo creo que nos enseñará muchas cosas nuevas.

Ya me ha dado mi nuevo libro de lectura y siento grandes deseos de leerlo.

Tiene muchos cuentos y poesías; sus láminas son muy bonitas.

Ahora, ¡a trabajar se ha dicho!

Montini





CAPITULO II

LA INTELIGENCIA DE UN PERRO

Nada le gustaba tanto a Enrique como jugar con su perro León.

Lo llevaba a donde quiera que iba; para no separarse de él, ni de noche, le tenía preparada una estera al lado de su cama, donde el perro podía dormir.

León quería a su amo también con el mismo cariño.

Un día, salió Enrique con el perro a dar un paseo por el campo.

En lo alto de una mata de mamey divisó un

nido y sintió deseos de subir para ver si tenía ya los pajaritos crecidos.

Se subió sobre el lomo de León y de allí empezó a trepar por el tronco del árbol.

Pero, al apoyarse sobre una rama que ya estaba medio desprendida, ésta cedió y el muchacho quedó colgado solamente de las manos.

No pudo sostenerse mucho tiempo en aquella posición y, al fin, cayó, rebotando de rama en rama, hasta llegar al suelo.

Entonces, el perro emprendió la carrera con cuanta velocidad le fue posible, hasta llegar a la casa.

Allí empezó a ladrar, cogiendo los vestidos de las personas con sus dientes y tirandō de ellas, como si quisiera llevarlas consigo.

El padre de Enrique comprendió en seguida que algo grave había ocurrido a su hijo y, dejando lo que estaba haciendo en aquel instante, se dispuso a seguir al perro.

Este avanzaba un pequeño espacio, ladrando siempre, y retrocedía para cerciorarse de que el dueño iba tras él.

Así llegaron al lugar donde se hallaba Enrique, que ya había vuelto en sí, pero que no podía moverse porque tenía una pierna rota.

Tomó, entonces, el señor, en brazos, a su hijo, y lo llevó a la casa, donde pudieron atender a su curación.

—Gracias al noble animal, decía el padre de Enrique, mi hijo se ha salvado. Si hubiera tenido que venir arrastrándose hasta la casa o hubiera tardado más tiempo en ser recogido, quizás hubiera sido necesario cortarle la pierna.





CAPITULO III
A LA BANDERA CUBANA.

Gallarda, hermosa, triunfal,
tras de múltiples afrentas,
de la patria representas
el romántico ideal...!
Cuando agitas tu cendal
—sueño eterno de Martí—
tal emoción siento en mí,
que indago al celeste velo
si en ti se prolonga el cielo
o el cielo surge de ti.

AGUSTÍN ACOSTA.



ASTUCIA DE UNA ZORRA

CAPITULO IV

Paseaba una zorra junto a un pozo cuando sintió gran sed.

Subió al brocal y de allí brincó a uno de los cubos que se hallaban juntos en los extremos de la soga, y con los que se sacaba el agua del pozo.

Con su peso, la soga corrió por la polea donde se hallaba ajustada y la zorra se fué con el cubo al fondo del pozo.

Al poco rato, pasó por allí un lobo, el que, asomándose por el brocal, preguntó a la zorra:

—¿Qué estás haciendo en esa profundidad, hermana?

A lo que contestó ella:

—Aquí estoy comiendo unos grandes peces que se crían en este pozo. No puedes figurarte lo sabrosos que son.

—¿No quedarán algunos para mí? preguntó el lobo.

—Ya lo creo, respondió aquélla; ¿cómo no he de dejarte algunos, mi buen hermano?

—Pero, a la verdad, dijo el lobo, no sé cómo podré bajar hasta ese lugar tan hondo.

—Muy fácilmente, replicó la zorra; entra dentro del cubo que está al lado del brocal; con tu propio peso bajarás hasta aquí.

Engañado el lobo por el consejo de la zorra y arrastrado por su apetito, entró en el cubo y empezó a descender por su mayor peso, en tanto el cubo donde se encontraba la zorra empezó a subir.

En medio del pozo se encontraron ambos animales, diciendo entonces la zorra:

—Ya yo he comido bastante, amigo mío; ahora baja y come tú.

Al llegar al brocal, saltó la zorra al suelo y se alejó de allí cuán de prisa pudo.

El lobo no pudo ya subir. Cuando vino el amo del pozo, reunió allí a varios criados suyos, sacaron al lobo y lo mataron a palos.



CAPITULO V

EL CIERVO Y EL BUEY.

(De Esopo.)

Un ciervo, perseguido por unos cazadores, estaba ya tan cansado, que se hallaba próximo a desfallecer.

En esto llegó a la puerta de un establo y penetró allí en busca de refugio.

—¿Qué vienes a buscar aquí, insensato?, le preguntó el buey. ¿No comprendes que si el amo o los criados del amo te ven, se apresurarán a matarte?

—Déjame refugiar aquí, amigo buey, con-

testó el ciervo. Unos cazadores me persiguen tan de cerca que ya estaba próximo a ser alcanzado por los perros.

—Esta bien, dijo el buey, trata de esconderte en ese montón de paja; pero ten cuidado en taparte bien, porque muy pronto vendrán los criados a traerme heno para comer.

Se escondió el ciervo donde le había indicado el buey; todo su cuerpo quedó bien cubierto, pero sus astas eran tan largas, que sobresalían en el montón de paja.

Llegó primero un criado, estuvo allí largo rato limpiando el establo y al fin se fué sin haber advertido nada.

Muy contento se hallaba el ciervo, pensando que ya estaba libre, cuando entró el amo.

Entonces se fijó en las astas del pobre ciervo; llamó a los criados e hizo que lo sujetaran de manera que no pudiera escapar.

Lo que no habían vistos los ojos de los criados, en seguida lo descubrieron los ojos del amo, por el cuidado con que lo miraba todo.

M. Antonio

CAPITULO VI

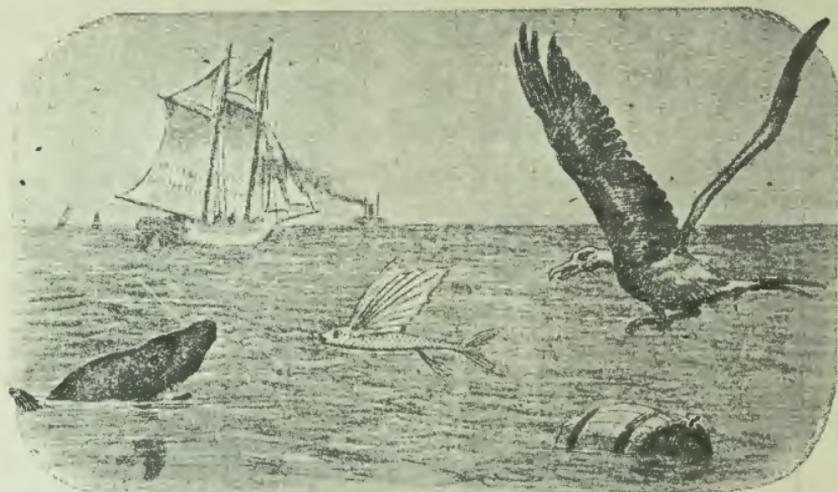
LA MARIPOSA.

Vuela, mariposita,
de lindas alas.
El sol nimba tu vuelo
de resplandores.
Luce, mariposita,
tus ricas galas
de mil colores.

El cielo está sereno,
la luz radiosa.
Florecieron los lirios
y los jazmines.
¡Qué feliz es tu vida
mi mariposa!
¡Volar suave y ligera
de rosa en rosa!
¡Vivir en el encanto
de los jardines!

M. LOZANO CASADO.





CAPITULO VII

EL PEZ VOLADOR, EL TIBURON Y LA GAVIOTA.

Huyendo de un tiburón que lo perseguía muy de cerca, un pez volador alzó la cabeza y vió volando, cerca de la superficie del agua, una gallarda gaviota.

El ave contemplaba la escena de la persecución y sintiendo su apetito avivado por la vista del pez, pensaba:

—¡Qué lástima que un pececillo tan sabroso sea tragado por ese enorme y feo tiburón que ya ha devorado en un momento una multitud de peces! Yo, en cambio, estoy hambrienta; na-

da he podido pescar todavía en toda la mañana y me siento desfallecer.

En un momento en que el pececillo se aproximó a la superficie, se acercó a él y le dijo:

---¿Por qué no huyes del horrible peligro que te amenaza? Si no te apresuras a salir del agua, dentro de un instante te habrá apresado con sus agudos dientes ese fiero tiburón.

Aterrorizado el pobre pez por la proximidad del tiburón, se dirigió con fuerte impulso hacia la superficie del agua, logrando salir de ella.

En el mismo instante, la gaviota se precipitó sobre él y lo apesó.

---¿Es posible que hagas esto conmigo?, preguntó el infeliz prisionero. Me engañaste con palabras de hipocresía, haciéndome creer que te compadecías de mí y ahora vas a devorarme.

Sacó; entonces, el tiburón, su cabeza fuera del agua, y, comprendiendo lo que había sucedido, exclamó:

—A mí me aborrece todo el mundo por mi fea figura y por la fiereza de mi carácter. Yo comprendo que soy así porque de ese modo me ha hecho la naturaleza; pero no trato de disimular engañando con hipócritas palabras a mis víctimas, como ha hecho la gaviota con el pececillo.



CAPITULO VIII

SACRIFICIO DE UN HIJO.

Un albañil tenía un hijo, al que, un día, quiso llevar a su trabajo para que aprendiera su oficio.

De pronto, empezó a crujir el andamio en que estaban trabajando ambos. El padre se llenó de temor, pues comprendió el peligro en que se hallaban. Si llegaban a caer, morirían con seguridad, porque el andamio estaba a una gran altura.

—Vámonos pronto, hijo mío, dijo el albañil, el andamio en que nos encontramos no puede sostener el peso de los dos y estamos en peligro de caer.

Pero, en aquel momento, los crujidos fueron tan fuertes, que el padre y el hijo quedaron quietos, sobrecogidos por el susto.

Si caminaban para llegar a la repisa que servía de apoyo a la tabla en que se hallaban, la caída era inminente, pues el movimiento acabaría de vencer su poca resistencia.

Si permanecían quietos, al fin el andamio cedería; de todos modos estaban perdidos.

Crugió de nuevo el tablón.

—No tenemos salvación posible, dijo el padre.

Entonces el hijo se alejó dos pasos e inclinándose sobre el vacío, exclamó:

---Antes de morir los dos, padre, preferible es que muera yo sólo.

Es necesario que usted viva para que pueda sostener a mi madre y a mis hermanitos.

Al decir esto se lanzó del andamio, sin que el padre lo pudiera impedir.



M. T. M.



LA VERDAD Y LA MENTIRA.

CAPITULO IX

—Con mil y mil atractivos
Cruzando voy al azar
Cien caminos y otros ciento,
Mientras tú no tienes más
Que uno sólo y una sólo
Es tu manera de andar.
Así la mentira dijo
Cierta vez a la Verdad.
Esta, al punto, replicóle
Con digno acento:

—Sí tal;
Pero observa si yo en tanto
Me suelo perder jamás.

C. L. MILLEVAUT,



CAPITULO X

LAS JOYAS DE UNA MADRE.

Hace mucho tiempo vivía en Roma una hermosa y rica dama llamada Cornelia, casada con un noble romano.

Su ocupación favorita consistía en atender al cuidado y a la educación de sus hijos.

Un día recibió la visita de una amiga suya, rica y noble dama también de la aristocracia romana, la que durante un largo rato estuvo hablándole de sus joyas y de sus trajes, mostrándole su brazaletes de oro, sus sortijas y sus collares de perlas.

Cornelia la escuchó en silencio y, cuando terminó de hablar, le dijo:

—Yo también poseo joyas de tan gran valor que no las cambiaría por las más ricas del mundo, ni aun por todas las que existen en el mundo, reunidas.

Muy sorprendida quedó la amiga al oír estas palabras y, sabiendo que Cornelia era incapaz de una exageración infundada, sintió gran curiosidad por conocer aquellas joyas de tan inmenso valor.

La instó vivamente para que se las mostrara y, al fin, Cornelia se levantó y salió de la habitación en que se encontraban.

Al momento volvió acompañada de sus hijos, los cuales mostró a la visitante, exclamando:

—He aquí las joyas de que os hablaba. No las cambiaría por todas las del mundo reunidas.

Aquellos dos niños, llamados los Gracos en la Historia de Roma, fueron después dos grandes hombres en su patria a la que honraron con su talento y con sus nobles virtudes.

El recuerdo de Cornelia está tan estrechamente ligado al de ellos, que aún hoy, cuando se quiere nombrarla, se dice:

La madre de los Gracos.

CAPÍTULO XI

EL MAJA Y LA JUTIA.

Jugaba una jutía entre las ramas de una mata de guayaba, contenta por la abundancia de frutas que tenía a su alcance, cuando vió venir, arrastrándose por el suelo, un enorme majá que había oído sus gritos de alegría y se dirigía hacia ella. Se burló la jutía del majá, diciéndole:

—Trabajo te doy si quieres alcanzarme; para moverte tienes que arrastrarte por el suelo, en tanto que yo puedo brincar y trepar a los árboles con agilidad.

Al decir esto, brincando de rama en rama, se encaramó en un árbol próximo; cuando se creyó segura, dijo:



—Eres un reptil bien torpe; si el gavilán te prestara sus fuertes alas quizás podrías llegar a la altura en que me encuentro.

Miró el majá a la jutía y le dijo:

—Eres atrevida e insolente porque te crees segura, pero te arrepentirás de todo lo que has dicho.

Se enroscó al tronco del árbol y empezó a subir; cuando llegó a la parte gruesa de la rama donde estaba la jutía, ésta se refugió en el extremo más débil. El majá, sin detenerse, hacia allí se encaminó.

—Fué una broma todo lo que te dije, ilustre majá, dijo la jutía. Yo bien sabía que tú eres capaz de trepar hasta las últimas ramas de los más altos árboles.

No contestó el majá; pero fijando en la jutía sus ojos fascinadores, siguió avanzando.

La jutía chillaba sin cesar y, al fin, enloquecida por la proximidad de su enemigo, se arrojó al suelo, donde cayó aturdida. En el mismo instante se echó el majá sobre ella, rodeándola con su cuerpo.

Después, la estrujó entre sus anillos, ahogándola y prensándola, para poder comérsela.

Muntoni



MI HOGAR.

CAPITULO XII

A la orilla de un palmar
Que baña el fértil Cornito,
A la sombra de un caimito
Tengo mi rústico hogar.
Esbelto como un pilar
Domina montes y llanos.
El viento arrulla los guanos
De su bien hecha cobija,
Y esta habitación es hija
De mi ingenio y de mis manos.

Cuando la tormenta ruge,
Cuando llueve y cuando truena,
Ella resiste serena
Del huracán el empuje.

En su cumbrera de ocuje
Sus llaves son de baría,
Sus viguetas de jatía
Y de guamá sus horcones:
Hay pocas habitaciones
Tan firmes como la mía.

Con áites cerqué el redondo
Y no pequeño batey,
Donde un frondoso mamey
Florece y pare en el fondo;
En este asilo me escondo
Con mi madre y mis hermanos,
Siembro alegre con mis manos
La feraz tierra que abono,
Amo a mi esposa y entono
Mis pobres cantos cubanos.....

JUAN NÁPOLES FAJARDO,
(EL CUCALAMBÉ.)





CAPITULO XIII

EL SABANERO Y SUS PICHONES.

En un campo, sembrado de yerba de guinea, hizo su nido un sabanero.

Ya estaban los pichones algo crecidos, cuando un día vió acercarse al dueño del campo, el cual, después de haber visto la yerba, exclamó:

—Ya está bastante crecida y es preciso pensar en cortarla.

El sabanero fué al nido y dijo a los pichones:

---El dueño del campo quiere cortar la yerba que sirve de refugio a nuestro nido. Cuando yo no esté aquí fijaos bien si él llega y escuchad lo que habla, porque, el día en que empiece a

cortar la yerba, tendremos que marcharnos, antes de que se descubra nuestro nido y los muchachos os cojan para jugar con vosotros..

Al día siguiente, salió el sabanero a buscar alimento para sus hijos y, a su regreso, les preguntó:

—¿Ha venido por aquí el dueño del campo?

—Sí, le contestó uno de ellos. Después que estuvo mirándolo un rato, dijo:

---Avisaré a mis vecinos para que me ayuden a cortar la yerba, pues ya está bastante crecida.

—No hay cuidado entonces, replicó el sabanero. Podemos estar tranquilos.

Al otro día volvió a preguntar a sus hijos:

—¿Habéis oído hablar al dueño?

—Sí, contestó el pichón. Después de haber contemplado el campo, dijo:

—Mis vecinos no quieren ayudarme, llamaré a mis parientes, porque ya es necesario cortar la yerba.

---Tampoco es preciso que nos apuremos todavía, volvió a decir el sabanero. Nuestro nido está seguro.

Al cabo de unos días volvió a preguntar a sus hijos.

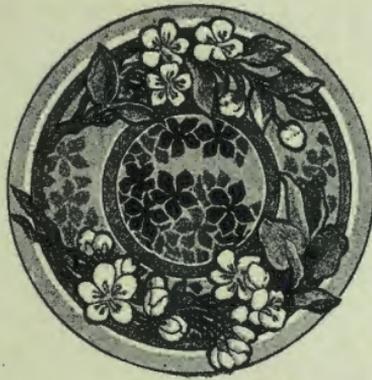
---¿Habéis escuchado algo de nuevo?

—Sí, contestó uno. El dueño del campo estuvo aquí esta mañana y dijo:

—Ni mis vecinos ni mis parientes quieren ayudarme. Yo mismo cortaré la yerba.

---Vámonos de aquí, hijos míos, contestó el sabanero. Pues ahora es cuando estamos verdaderamente en peligro,

Montoni





CAPITULO XIV

LOS DOS ANONES.

Dos anones nacieron casi al mismo tiempo y en la misma rama del árbol.

Como estaban cerca, conversaban con frecuencia.

—Me gusta mirar al cielo, decía uno, para ver las extrañas figuras que tienen las nubes cuando pasan.

—También a mí me gusta contemplar el bonito color azul que el cielo tiene, pero me molestan mucho los ardientes rayos del sol cuando hieren mi piel, dijo el otro.

Prefiero envolverme entre las hojas que se

hallan cerca de mí, para no sufrir una molestia tan grande.

—¿Te molesta el sol?, replicó el primero. ¡Es cosa bien extraña! A mí me produce un gran placer recibir las caricias de sus ardientes rayos. Siento entonces un impulso interior de alegría, como si creciera o como si me madurara más deprisa.

—Tienes un gusto bien estrafalario, replicó el segundo. ¿Cómo puedes encontrar placer en recibir un calor tan insoportable?

Al poco tiempo, el anón amigo del Sol había crecido y madurado.

Los pajaritos acudían a su lado, hundían el pico en una de sus grietas y cantaban después sus más bonitas canciones para demostrar su alegría.

Un día había crecido tanto que se desprendió de la rama y cayó en el suelo.

Sus semillas penetraron en la tierra y allí germinaron hasta que de ellas nacieron otros muchos árboles frutales.

El anón enemigo del Sol nunca llegó a crecer ni a madurar. Los pajarillos no picoteaban su pulpa ni le cantaban canciones. Esto le produjo tanta tristeza que al fin se murió.

CAPITULO XV

LOS AROS.

Saltando alegres como gorriones,
Al patio vamos para jugar
Con nuestros aros, corre que corre,
A ver quien puede rodarlo más.

Corre que corre sobre la yerba,
¡Cómo se mueven todos los pies!
Rueda que rueda, rueda que rueda,
todos los aros van a la vez.

Con las dos manos el aro alzando,
de nuestros cuerpos alrededor,
las cabecitas entre los aros
parecen lindos rayos de sol.



Y entre el ligero polvo de oro
que nos envuelve, leve y sutil,
seguimos luego poquito a poco,
porque nos vamos cansando al fin.

También, mañana, como go-
[rriones,
al patio iremos para jugar,
con nuestros aros, corre que corre,
a ver quien puede rodarlo más.

FEDERICO URBACH,



CAPITULO XVI

LA GRULLA Y LA RANA.

En la orilla de una laguna dormitaba una grulla, en el mediodía de un caluroso día de verano.

De pronto, una imprudente rana empezó a croar cerca de allí.

La grulla se despertó con el ruido y, aproximándose poco a poco, cogió con su largo pico a la descuidada cantora.

---¿Qué vas a hacer conmigo, señora grulla? dijo la rana. Yo soy un pobre animalito y tú

eres una ilustre y poderosa ave. ¿Qué placer puedes encontrar en hacerme daño?

Dejó la grulla en el suelo a la habladora rana y, poniéndole una pata encima, exclamó:

--Eres una cantadora insufrible; tu voz es monotoná y desagradable y a cada rato interrumpes mi sueño. Si tu canto fuera tan bonito como el del sinsonte te perdonaría.

Entonces repuso la rana:

---No comprendo como no te agrada mi canto; es más dulce y más sostenido que el del sinsonte. Sin duda no me has oído bien.

---Prueba a cantar de nuevo, dijo la grulla; si tu canto me gusta más que el del sinsonte, te prometo dejarte libre.

La pobre rana dejó oír de nuevo su monótono canto, sin mucha esperanza de salvarse.

Apenas hubo empezado a cantar, le interrumpió la grulla, diciendo:

---No sigas: tu canto es insoportable. Prepárate a morir.

En este momento, un cazador que pasaba por aquel lugar, descubrió a la grulla, cuyo largo cuello sobresalía entre las matas de yerba y, apuntándole con su escopeta, la mató.

De un brinco la rana se lanzó al agua, muy contenta, al verse libre de su enemiga.

CAPITULO XVII

LOS DOS TOMEGUINES.

Se encontraron, en un cayo de monte, un tomeguín de la tierra y un tomeguín del pinar.

Cantaba este último, satisfecho de las muchas semillitas que había encontrado aquel día, cuando se le acercó el tomeguín de la tierra y le dijo:

—¿Dónde has aprendido canciones tan bonitas y tan variadas? Por mucho que yo me esfuerzo no puedo producir en mi garganta trinos tan melodiosos como los tuyos.

—Desde que empecé a cantar, respondió el tomeguín del pinar, pude hacerlo del mismo modo que ahora. Sin duda aprendí oyendo desde pequeño a mi vecino el sinsonte que tiene su nido muy cerca del mío.

—Yo sé donde hay un sinsonte muy canta-



dor, exclamó el tomeguín de la tierra ¿quieres venir conmigo para conocerlo? Vive en una jaula muy bonita y está cerca de aquí, en el patio de una casa del pueblo.

—No me gusta acercarme a las poblaciones, replicó el tomeguín del pinar. Hay muchachos a quienes les gusta encerrar a los tomeguines en las jaulas. Yo, en cambio, prefiero volar libremente por el bosque.

¿Por qué no vienes al monte, donde yo vivo? Allí también hay sinsontes cantadores con los que puedes aprender como he aprendido yo.

—No me gusta el monte, dijo entonces el tomeguín de la tierra; allí no hay frutas tan sabrosas como en los patios de las casas. Además, yo no soy tan miedoso como tú. Voy a escuchar a mi amigo, el sinsonte cantador.

Se alejó, hacia el interior del bosque, el tomeguín del pinar, en cambio, el de la tierra, se encaminó hacia el patio de la casa donde tenía su jaula el sinsonte prisionero. Cerca de ella vió otra jaulita con la puerta abierta y una tácita llena de alpiste en el interior.

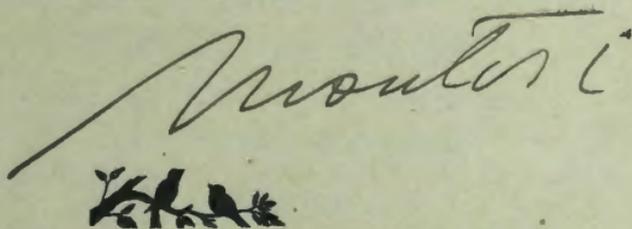


—¡Qué sabrosos deben ser estos granitos!, pensó.

Se posó en el techo de la jaula y, de un brinco cayó al lado de la tacita llena de alpiste.

¡Pobre tomeguín! En seguida se cerró la tapa de la jaulita y quedó prisionero.

Desde entonces tuvo alpiste en abundancia y todos los días oía el canto del sinsonte. Pero siempre se acordaba de los días en que podía volar libremente, ir y venir de una mata a otra, picotear las frutas y conversar con su amigo el tomeguín del pinar.





CAPITULO XVIII
LA OPINION DEL VIEJO.

De un mozo me fuí detrás
al notar que preguntaba
a todo aquél que pasaba
qué cosa volaba más.

Un ingeniero civil
dijo, al verse preguntado:
—“Para volar desatado
no hay como el ferrocarril.”

Con dureza y egoísmo
dijo un marino:—“Buen viento,
y mi barca en su elemento
vuela como el viento mismo.”

Una joven hechicera
que, triste, ausencias lloraba,
oí que le contestaba:
—“La paloma mensajera.”

Uno, al caballo dió el voto;
otro, a la electricidad;
pero la inconformidad
del mozo, en mi historia anoto.

Paseando sus desengaños,
por allí un viejo pasó;
el mozo le preguntó,
y el viejo dijo:—“Los años.”

ENRIQUE HERNÁNDEZ MIYARES.





CAPITULO XIX

LA LECCION DE UN GUAJIRO.

D. Andrés era un honrado sitiero que vivía en una finca, cerca de Managua.

El día en que Felipillo, su hijo mayor, cumplió los 15 años, lo llamó y le dijo:

—Felipillo, hasta hoy has estado yendo a la escuela, lo que yo no pude hacer cuando era muchacho; así es que ya sabes muchas cosas que yo mismo no sé, porque nunca he podido aprenderlas. Sólo te falta saber una cosa que no has aprendido todavía, y esa sí puedo enseñártela yo: necesitas aprender a trabajar.

Desde aquel día, Felipillo fué con su padre al trabajo, pero el muchacho era un poco perezoso, por lo que el padre quiso probarlo un día.

Le llevó a un lugar de la finca donde había que preparar el terreno, para sembrar una tabla de maíz.

—Hijo mío, le dijo el padre, hoy me siento cansado; tu harás solo el trabajo, en tanto que yo voy a descansar un poco.

Puso en sus manos la macera del arado y el aguijón y, mostrándole el terreno que tenía delante, agregó:

—Hay que arar todo esto; al mediodía volveré para ver si has terminado.

Felipillo se quedó pensando en el gran trabajo que debía hacer.

—¿Por dónde empezaré?, se preguntaba. Y así pasaron las horas, hasta que llegó el mediodía sin que hubiera comenzado el trabajo. . .

Cuando vino el padre, le dijo el muchacho:

—Padre, nada he hecho todavía porque no sabía como empezar un trabajo tan grande.

—Y si fuera un surco solamente, ¿tú sabrías abrirlo?

En seguida, replicó Felipillo. Y arreando

a los bueyes, en menos de diez minutos lo dejó terminado.

Entonces le dijo D. Andrés:

—Igual a ése son todos los demás surcos. Como has hecho éste, puedes hacer los otros.

Siempre que debas hacer un trabajo muy largo, empiézalo, como si no tuvieras que hacer más que una parte. Cuando hayas terminado ésta, emprende la segunda y después la tercera, sin asustarte porque sean muchas, que de este modo todas las terminarás.

Lucas Toró





CAPITULO XX

UN AMIGO FIEL.

Había una vez en Siracusa, capital de Sicilia, un rey tirano, llamado Dionisio.

Cierto día se encolerizó contra un joven llamado Damón, porque éste se había quejado de sus crueldades. Damón fué condenado a morir; pero, antes de ser ejecutado, suplicó a Dionisio que lo dejase ir a ver a su mujer y a sus hijos. Dionisio se negó a ello.

—Si te soltara, le dijo, ya no volvería a verte.

Dijóle el joven que tenía un amigo el cual se quedaría allí por él, hasta su vuelta. Este

amigo, llamado Pitias, se presentó, en efecto, hasta que Damón volviera.

—Si Damón no vuelve—dijo—moriré yo en su lugar.

Maravillado Dionisio de que existiese un hombre que amara tanto a su amigo, concedió seis horas a Damón para ir a ver a su mujer y a sus hijos.

Creyó Damón que estaría de regreso dentro de cuatro horas, pero al cabo de este tiempo no había regresado todavía.

Sin perder la serenidad, se preparó Pitias para la muerte.

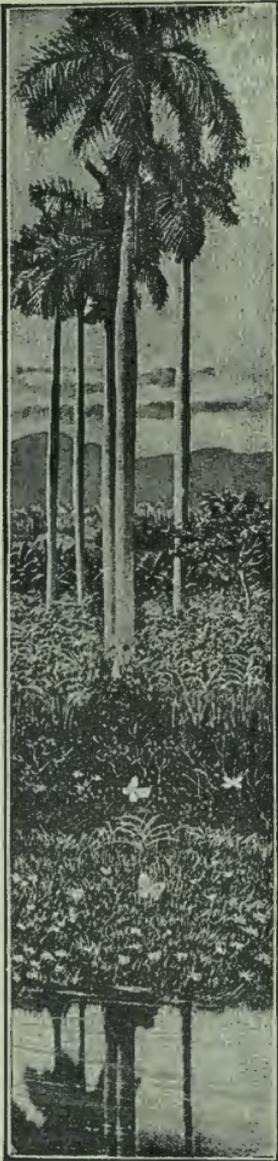
—Mi amigo—dijo—habrá tenido algún accidente o quizás estará enfermo.

Casi en el mismo instante en que lo iban a matar llegó Damón. Había muerto su caballo y tuvo que adquirir otro, pero, corriendo al galope, pudo llegar a tiempo.

Dionisio no había visto jamás semejante fidelidad. Comprendió que él necesitaba hombres como aquéllos, para tenerlos a su lado. Dirigiéndose a Damón y Pitias, los abrazó y los dejó en libertad rogándoles que fueran sus amigos.

CAPITULO XXI

L A S P A L M A S .



Yo vi la frondosa ceiba
en las extensas sabanas ;
Vi los jobos y los cedros
En medio de las montañas ;
Vi las soberbias caobas
Como reinas soberanas ;
Vi, a la margen del arroyo,
Los mangles y las majaguas,
A cuya sombra apacible
Vistasas aves cantaban ;
Vi las sonantes espigas
De las cimbradoras cañas,
Que brillaban a lo lejos
Cual cimeras de esmeralda ;
Pero son aún más hermosas
Las aborígenes palmas
Que se mecen en los campos
De mi Cuba idolatrada.
Las palmas ¡ay! deliciosas
De mis pintorescas playas,
Que por verse en ondas limpias
Tienden su follaje ufanas.
Las palmas ¡ay! que asemejan
Por el céfiro agitadas,
Los fantásticos plumeros
De indígenas caravanas.

JOSÉ FORNARIS.



CAPITULO XXIII

EL FALSO AMIGO.

Un joven inexperto tenía un amigo en el que había puesto toda su confianza.

—Es mi mejor amigo, decía. Le confiaría toda mi fortuna sin vacilar, pues estoy seguro de su fidelidad.

El padre de aquel joven tuvo algunas noticias desfavorables acerca de la conducta del amigo de su hijo.

Un día lo llamó y le dijo:

—Hijo mío, creo que tienes demasiada confianza en ese hombre. He tenido noticias sobre su conducta que no son muy buenas.

—Calumnias deben ser, replicó el hijo. Es el amigo más fiel que hay en la tierra.

No contestó el padre, pero, a los pocos días, llamó al joven y le dijo:

—Hoy mismo tenemos que emprender un viaje y no tengo a quien confiar este cofre lleno de alhajas. No lo podemos llevar con nosotros, pues podrían robarnos.

—No tenemos que preocuparnos, dijo el joven, llevaré el cofre a mi amigo, encargándole que lo guarde cuidadosamente y podemos marchar tranquilos, que todo lo encontraremos igual a nuestra vuelta.

Después de cerrar el cofre, el padre guardó las llaves y el joven lo llevó a su amigo.

Al regreso fué a buscar el cofre, pero el amigo lo recibió con desabrimiento, diciéndole:

—Has querido poner a prueba mi honradez o te has burlado de mí, pues el cofre estaba lleno de piedras y no de alhajas. Nuestra amistad ha terminado para siempre.

Desconsolado el joven, fué a ver a su padre y le dijo:

—Me has hecho perder el mejor amigo del mundo. El cofre estaba lleno de piedras y no de alhajas y él se ha ofendido, porque nosotros

hemos querido probar su honradez o nos hemos burlado de él.

—Dime, hijo, replicó el padre. ¿Cómo sabe tu amigo que en el cofre había piedras y no alhajas? Cerrado se lo enviamos y yo guardé las llaves. Sin duda lo ha descerrajado y esto no ha podido hacerlo con buena intención.

Reflexionó el joven y comprendió que su padre tenía razón.

Desde entonces, puso más cuidado en la elección de los amigos.

Montori





CAPITULO XXIV

LOS DOS PESCADORES.

Dos pescadores de caña,
estatuas de la paciencia,
hacen juntos penitencia
en pie, a la orilla del mar.

Pasan horas y más horas
y no aparecen los peces,
que también ellos a veces
suelen hacerse esperar.

—Mira, chico, dice el uno,
no me gusta la antesala;
esta habitación es mala,
y yo me marchó ¡ea! abur.

—Aguarda un poco.

¡Qué diantre!

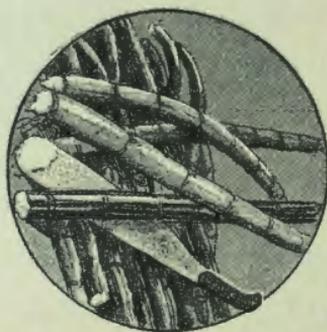
Bastante hemos aguardado;
yo me encuentro muy cansado.

—¡Qué se te alegre el albur!—

Así diciendo se aleja,
y a poco su compañero
al mercado lleva un mero
que al cabo logró atrapar.

*Nunca dejes el estudio,
que es la caña de la ciencia:
con un poco de paciencia
se logra siempre pescar.*

AURELIA CASTILLO DE GONZÁLEZ.





CAPITULO XXV

MARTÍ.

Fué invariable: en su adolescencia amó la libertad de Cuba, y murió por ella.

Fué un organizador: preparó y organizó el Partido Revolucionario en el extranjero y en Cuba.

Fué víctima de su amor a la patria: murió en combate con los españoles, en Dos Ríos, Santiago de Cuba.

Fué un maestro: presintió y midió las necesidades de la paz antes de la guerra.

Yo no sé qué otras cualidades pueden exigir-

se para que un pueblo consagre su veneración a un desaparecido en las luchas por la patria.

Martí no es el libertador; pero es y será el precursor de nuestras libertades.

Su manifiesto, fechado en Montecristi, es la prueba. Nadie le ganó en fe ni en decisión.

La primera, la sostuvo a pesar de los pasajeros triunfos del autonomismo, y la segunda, está probada con su gloriosa muerte por la independencia.

EDUARDO VARELA ZEQUEIRA.

Montecristi



CAPITULO XXVI

EL MUCHACHO, LA LAGARTIJA Y LA MOSCA.

Saliendo de un estercolero, una mosca fué a posarse en la flor de una escoba amarga que crecía en la orilla de un camino.

Una lagartija, apostada en el tallo de la mata vío a la mosca y trató de cazarla.



Trepó cautelosamente por una ramita próxima y, ya se disponía a lanzarse sobre ella, cuando un muchacho que contemplaba la escena, la cogió por la cola. Amarró su cuerpo con un hilo y empezó a jugar, arrastrándola por el suelo.

—Me estás haciendo daño, dijo el animalito prisionero, y acabarás por matarme si sigues así conmigo. Me apresaste para librar a la mosca; pero, sin duda, no sabes que ese sucio insecto es uno de los peores enemigos que tú tienes; en cambio, yo lo persigo porque me sirve de alimento.

—No creo que una mosca pueda hacerme da-

ño, replicó el niño. Quieres engañarme para que te suelte; pero no lo haré así, porque tengo muchas ganas de jugar.

La mosca, que volaba por aquellos contornos, sintió sed, después de haberse hartado de inmundicias en el estercolero y, viendo brillar en los labios del niño una gota de saliva, fué a posarse en ellos, para chuparla con su trompa. En sus patas llevaba una multitud de pequeños microbios que había recogido en el estercolero.

El niño la espantó con la mano, cuando la sintió en sus labios, pero en ellos quedaron muchos de aquellos microbios, prendidos en las finas arruguitas de la piel.

Olvidado de la mosca, pasó el niño la lengua por los labios y recogió los microbios que, de allí, fueron a parar a su estómago.

Una gran fiebre se declaró en el niño y, cuando los padres llamaron al médico, dijo éste que estaba muy enfermo.

Al cabo de dos meses pudo levantarse y salir al portal de su casa.

La lagartija, que había quedado coja y sin rabo, en el juego del niño, le dijo:

—A la mosca que libraste de mí, has debido tu enfermedad. Ella se posó en tus labios y

dejó en ellos una porción de terribles microbios que tú recogiste luego con la lengua. Ellos son los que te enfermaron.

—No libraré nunca más a una mosca, contestó el niño; antes la destruiré siempre que pueda.



¡Perdóname, pobre lagartija, el daño que te hice!

La lagartija y el niño fueron desde aquel día muy buenos amigos.

Montoni





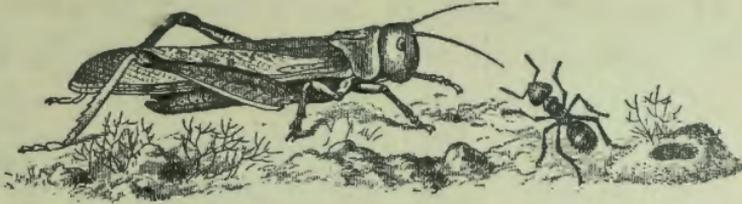
CAPITULO XXVII
DIA DE PRIMAVERA.

De la arboleda hojosa en la espesura,
blando suspira el viento entre el ramaje,
y los pájaros lucen su plumaje
cantando sus endechas de ternura.

Su monólogo eterno el mar murmura
balanceándose en lánguido oleaje,
y tiende de su espuma el blanco encaje
de sus orillas en la roca oscura.

Las flores se abren frescas y rientes
derramando su esencia embriagadora;
la nube de matices relucientes
en el azul del cielo se colora;
y magnífico el sol, lanza a torrentes
los rayos de su luz deslumbradora.

NIEVES XENES.



CAPITULO XXVIII

EL SALTAMONTES Y LA HORMIGA.

Un saltamonte se encontró con una hormiga en un sendero.

¿A dónde vas, preguntó el saltamonte, con ese pedazo de hoja, que es más grande que tú?

—Al hormiguero, contestó la hormiga, para guardarlo en los almacenes que tenemos allí. Pero, no me entretengas, déjame el paso libre, pues tengo prisa por llegar.

—Me parece que estás un poco atrevida, pequeña hormiga, dijo el saltamonte. Te dejaré si me parece bien; a propósito, me gusta el pedazo de hoja que llevas cogido en tus mandíbulas; déjalo aquí, pues tengo hambre y deseo comérmelo.

—Trabajo me ha costado cortarlo, dijo la hormiga: si quieres comer haz lo mismo que yo: trabaja.

Al oír esto, aquél se aproximó a la hormiga y le arrebató el pedazo de hoja que llevaba.

La hormiga se calló, pero se dirigió en seguida al hormiguero, reunió a sus compañeras y les contó lo que le había ocurrido con el saltamontes.

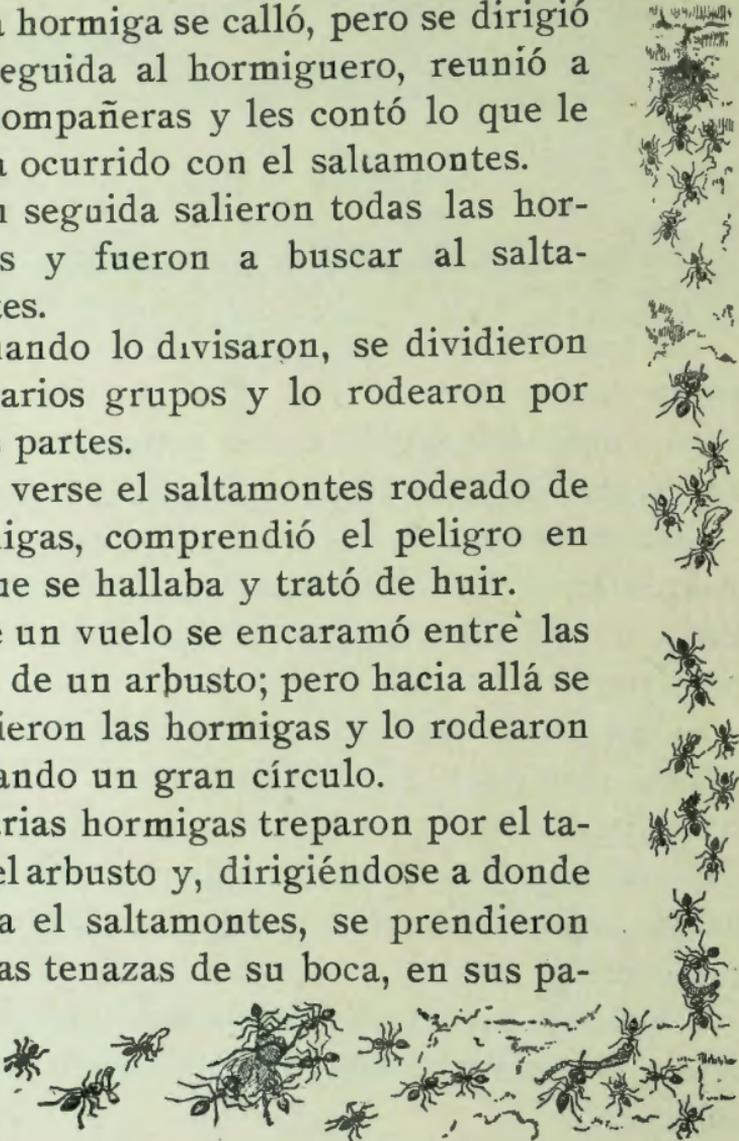
En seguida salieron todas las hormigas y fueron a buscar al saltamontes.

Cuando lo divisaron, se dividieron en varios grupos y lo rodearon por todas partes.

Al verse el saltamontes rodeado de hormigas, comprendió el peligro en que se hallaba y trató de huir.

De un vuelo se encaramó entre las hojas de un arbusto; pero hacia allá se dirigieron las hormigas y lo rodearon formando un gran círculo.

Varias hormigas treparon por el tallo del arbusto y, dirigiéndose a donde estaba el saltamontes, se prendieron con las tenazas de su boca, en sus pa-



tas y en sus alas. Este volvió a volar para huir, pero, entorpecido por las hormigas que llevaba prendidas, no pudo volar bien y cayó en medio de los insectos que rodeaban el arbusto.

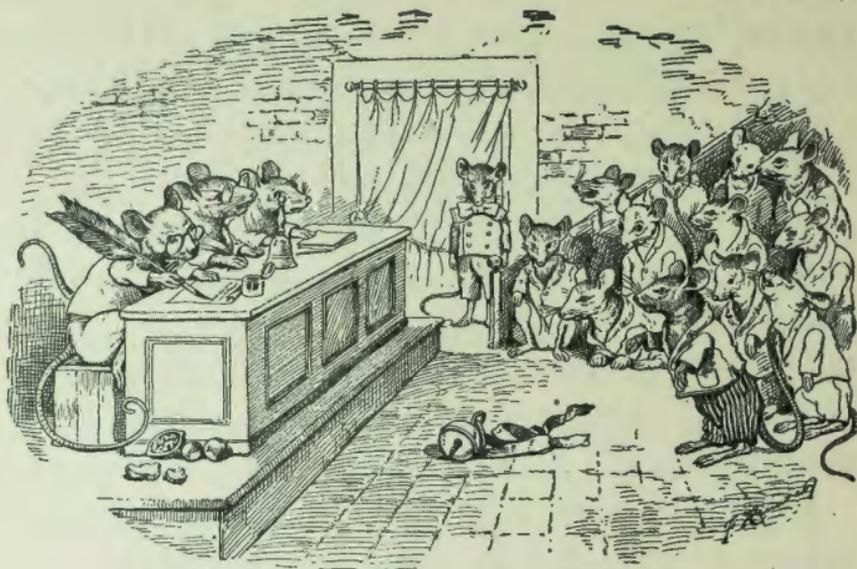
Multitud de hormigas cayeron sobre él al instante, hasta que a fuerza de mordidas lo mataron.

Después de muerto, lo hicieron pedazos y, trocito a trocito, lo llevaron a los almacenes de su hormiguero, para aumentar las provisiones.

¡Bien caro pagó el irreflexivo saltamontes, el pedazo de hoja que arrebató a la hormiga!

Resistencia





CAPITULO XXIX

EL CONGRESO DE LOS RATONES.

Estaban muy disgustados los ratones con la persecución de un gato, que no les dejaba un momento de reposo.

Al fin, decidieron reunirse en un Congreso con objeto de acordar los medios más convenientes para librarse de su enemigo.

Un ratoncillo joven, dijo:

—Señores: creo que he discurrido una buena artimaña para aliviar nuestra situación.

—¿Cuál es?, preguntaron los demás.

—Oigánme atentamente. Ataremos una cinta a un cascabel, lo colgaremos al cuello del gato y, así, por donde quiera que éste vaya, el sonido del cascabel nos avisará su presencia y podremos huir a tiempo.

—¡Excelente idea!, dijeron todos. Ahora sí que vamos a estar tranquilos.

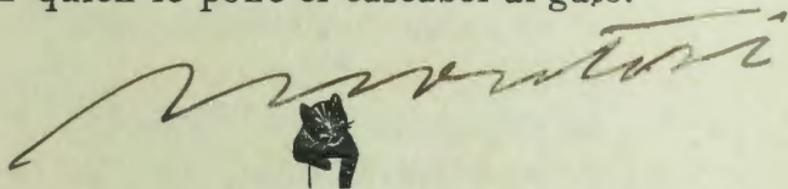
Pero, entonces, un ratón viejo que, en vez de alegrarse en seguida, estaba meditando, observó:

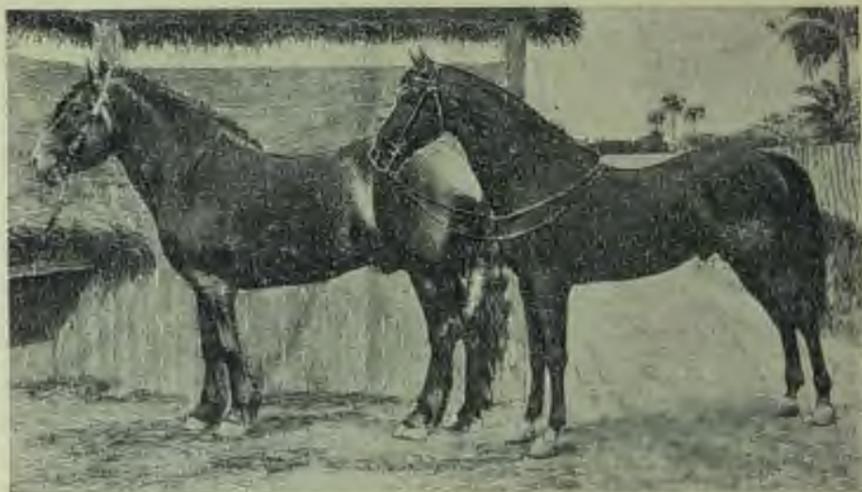
—A mí también me parece muy buena la idea de nuestro compañero, el ratoncillo, pero se me ocurre preguntar: ¿Quién ha de ponerle el cascabel al gato?

Todos se callaron, pues al instante comprendieron que nadie se atrevería a emprender tal hazaña.

Desde entonces, cuando alguien propone una acción difícil de cumplir, todo el mundo dice:

—¿Y quién le pone el cascabel al gato?





CAPITULO XXX

EL CABALLO AMERICANO Y EL CRIOLLO.

Un caballo americano
(por tal se le conocía
aunque era de Normadía,)
a otro caballo cubano
por pequeño despreció;
mas, el criollo arrogante,
al momento lo advirtió
y dijo:—Señor gigante
de su tamaño me admiro,
de su pujanza jamás,
que siempre lo dejo atrás
en la carrera y el tiro.

No siguió el rocín hablando,
lo engancharon en un coche
y todo el día y la noche
se los pasó trabajando;
y cuando llegó a volver
al establo, muy contento,
lleno de brío y de aliento,
¡oh, qué digno era de ver!

Se encabritaba gracioso
con la maloja jugando,
tanto que, muy respetuoso,
así le dijo el normando:
—Si en tan continuas faenas
me viera día tras día
como usted, yo moriría
abrumado de las penas.

*Digo verdad; pues, señor,
¿por qué en Ciba acostumbramos
dar a lo extraño y a or
y lo nuestro despreciamos?*

FRANCISCO J. BALMASEDA.





CAPITULO XXXI

ASI MENTIMOS LOS DOS.

Había en una ciudad dos hombres muy amigos; uno era sastre y el otro zapatero.

Durante mucho tiempo, mantuvieron la amistad tan estrechamente, que causaba la admiración de todo el mundo.

Pero, en cierta ocasión, tuvieron una disputa y, desde entonces, quedaron disgustados.

Cuando se encontraban en la calle, volvían la cabeza y ni siquiera se saludaban.

Llegó a tal extremo su encono, que el zapatero, siempre que tenía ocasión, hablaba de su antiguo amigo el sastre, tan mal como podía.

—Ese hombre es el más grande ladrón que he conocido en mi vida. Ajusta con sus clientes una clase de paño para la ropa que le encargan y luego emplea otra de la misma apariencia, pero de peor calidad.

Cuando el sastre se enteró de estas conversaciones del zapatero, empezó, por su parte, a referirse a su amigo siempre que hablaba con alguna persona.

Pero, al revés de lo que el otro hacía, lo elogiaba siempre, celebrando su conducta.

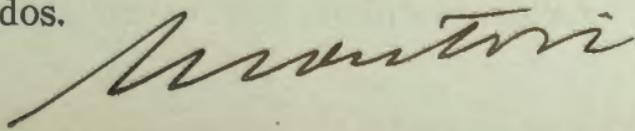
—Es el hombre más honrado y decente que hay en el mundo, decía.

Todo el que le hace un encargo queda muy satisfecho de él. Sólo siento no poder encargarle mis zapatos, porque él se empeña en seguir enemistado conmigo.

Una señora, que lo oyó, quedó muy extrañada, sabiendo que el zapatero hablaba tan mal de él; movida por la curiosidad, le preguntó:

—Dígame, amigo: ¿cómo es que hablando tan mal de usted el zapatero, le corresponde usted hablando tan bien de él?

—Señora, contestó el sastre; porque así mentimos los dos.

A large, stylized handwritten signature in dark ink, likely belonging to the author or a character in the text. The signature is cursive and somewhat illegible due to its fluid style.



CAPITULO XXXI

ASI MENTIMOS LOS DOS.

Había en una ciudad dos hombres muy amigos; uno era sastre y el otro zapatero.

Durante mucho tiempo, mantuvieron la amistad tan estrechamente, que causaba la admiración de todo el mundo.

Pero, en cierta ocasión, tuvieron una disputa y, desde entonces, quedaron disgustados.

Cuando se encontraban en la calle, volvían la cabeza y ni siquiera se saludaban.

Llegó a tal extremo su encono, que el zapatero, siempre que tenía ocasión, hablaba de su antiguo amigo el sastre, tan mal como podía.

—Ese hombre es el más grande ladrón que he conocido en mi vida. Ajusta con sus clientes una clase de paño para la ropa que le encargan y luego emplea otra de la misma apariencia, pero de peor calidad.

Cuando el sastre se enteró de estas conversaciones del zapatero, empezó, por su parte, a referirse a su amigo siempre que hablaba con alguna persona.

Pero, al revés de lo que el otro hacía, lo elogiaba siempre, celebrando su conducta.

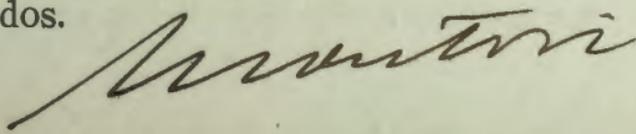
—Es el hombre más honrado y decente que hay en el mundo, decía.

Todo el que le hace un encargo queda muy satisfecho de él. Sólo siento no poder encargarle mis zapatos, porque él se empeña en seguir enemistado conmigo.

Una señora, que lo oyó, quedó muy extrañada, sabiendo que el zapatero hablaba tan mal de él; movida por la curiosidad, le preguntó:

—Dígame, amigo: ¿cómo es que hablando tan mal de usted el zapatero, le corresponde usted hablando tan bien de él?

—Señora, contestó el sastre; porque así mentimos los dos.

A large, stylized handwritten signature in cursive script, likely belonging to the author or a character mentioned in the text.



CAPITULO XXXII

CASTIGO DE UN CODICIOSO.

Existía en un país un bondadoso rey que se esmeraba en dar ejemplo a sus súbditos con su recto y justo proceder.

Vivía en las inmediaciones del palacio real un hombre rústico, pero afable y gracioso, que solía llevar, de vez en cuando, algún pequeño obsequio al rey, aprovechando la oportunidad para divertirlo con sus gracias.

El bondadoso monarca lo recibía siempre con agrado y, a veces, ordenaba a su tesorero que le diera algunas monedas, en correspondencia a su buena voluntad.

Un portero del rey, que se enteró de esto, se llenó de envidia y concibió el proyecto de obligar al rústico a compartir con él el dinero que el rey le daba.

Para poner en práctica sus planes, esperó a que el rústico volviera otra vez a palacio.

Cuando esto sucedió, el portero dijo al rústico:

—No te dejaré entrar en palacio si no me prometes que compartirás conmigo lo que el rey te dé en cambio del regalo que le llevas.

El rústico le contestó:

—Así lo haré porque me obligas, pero es injusto que yo comparta contigo los regalos que el rey me hace.

Entró en el palacio y se presentó ante el rey; entonces le ofreció unas truchas que traía, las cuales agradaron mucho al monarca.

Después de darle las gracias, le preguntó qué recompensa quería recibir.

—Señor, contestó el rústico; quisiera que me hicieras dar quinientos azotes.

Muy sorprendido quedó el rey al oír aquel deseo de su buen vasallo, y entonces le preguntó la causa de aquel extraño antojo.

El rústico le explicó lo que el portero le había exigido, agregando que él estaba conforme en recibir doscientos cincuenta azotes, con tal que el codicioso sirviente recibiera otros tantos.

El rey se indignó cuando oyó el relato del rústico y ordenó que le dieran una buena cantidad de dinero y al portero los quinientos azotes que el rústico había pedido primero para sí.



CAPITULO XXXIII

EL REMANSO.

Bajo el arco fresco del ramaje umbrío
de los arrayanes que bordan la orilla,
entre la guirnalda florecida, brilla,
como una pupila de esmeralda, el río.

Y es la transparencia de sus aguas puras,
inmovilizadas, tan serena y honda,
que se unen la fronda sonora y la fronda
del cristal, formando dos grutas oscuras.

Del airón altivo de una palma enhiesta
oculto en los flecos, con trinos de fiesta,
modula un sinsonte sus claras octavas,
mientras doblegados amorosamente,
con leve murmullo, besan la corriente
los penachos líricos de las cañas-bravas.

DULCE M^º BORBERO.





CAPITULO XXXIV

LA LECCION DEL CABALLERO.

Un caballero muy rico tenía un hijo llamado Jorge, el cual desde pequeño había demostrado una excesiva vanidad.

Se extremaba, sobre todo, en tratar despreciativamente a las personas de posición humilde.

Con objeto de enmendarle aquella mala propensión, el padre lo quitó del colegio aristocrático donde se educaba, y en el que no trataba más que a muchachos hijos de familias ricas, como la suya, y lo envió a una escuela humilde en la que tenía que estar en relación con niños de mediana y pobre posición.

El pupitre que le designó el maestro, quedaba inmediato al de otro niño llamado Juan, hijo de un zapatero que trabajaba en el barrio.

Un día llevó Jorge a la escuela una colección de bonitas láminas que su mamá le había regalado.

Como en la hora del recreo se puso a mirarlas, se le aproximó Juan y le dijo:

—¡Qué bonitas figuras! ¡Déjame verlas!

—¡Aparta de mi lado!, le contestó Jorge. Yo no deseo tener amistad con un muchacho tan andrajoso como tú, hijo de un zapatero remendón.

Por casualidad, oyó el maestro aquella frase del niño vanidoso y, comprendiendo la gran necesidad que tenía de corregirse de tan funesta inclinación, resolvió llamar a su padre para hacerle conocer la escena que había presenciado.

Cuando el padre supo la frase que su hijo había pronunciado, se indignó y dijo:—¡Yo le daré una lección que no se le olvidará!



Al día siguiente, en el momento de salir, ordenó a su hijo que se quitara los zapatos y, tomándole de la mano, lo hizo ir descalzo hasta la escuela.

Por el camino, Jorge lloraba avergonzado, suplicando a su padre que lo perdonara y le permitiera volver a su casa a ponerse los zapatos.



Pero el caballero comprendió que su hijo no estaba verdaderamente arrepentido, sino que temía a la burla de los demás muchachos de la escuela, cuando lo vieran entrar descalzo; así es que no se dejó conmovér.

Llegó el niño a la escuela rojo de vergüenza y con los pies destrozados.

Delante de todos los niños le dijo su padre:
—Ahora sabrás el valor que tiene para ti el oficio del padre de este niño a quien has insultado. Descalzo estarás todo el día de hoy y descalzo volverás mañana, si no pides perdón a tu condiscípulo de la ofensa que le inferiste.

Jorge no cesaba de llorar; al fin se dirigió a Juan, diciéndole con voz apagada por los sollozos:

—¡Perdóname! No lo haré más.

El maestro hizo que los dos niños se abrazaran y, entonces, el padre de Jorge lo perdonó

Perrotti



CAPITULO XXXV

LA PALMA Y EL CICLON.

Una palma crecía solitaria en la llanura, rodeada de pequeños arbustos, que no cesaban de murmurar de ella.

—Me alegraría que viniera un ciclón, dijo una vez el plátano, para que la despojara de sus pencas y desarraigara su tronco, arrojándolo por tierra.

—Yo también estoy cansado de una vecina tan inconveniente, dijo el guayabo. Tiene su penacho tan alto, que no se puede conversar con ella; nunca se inclina para saludarnos y para referirnos todo lo que ve con su elevada estatura.



La palma escuchaba todas aquellas murmuraciones con indiferencia. Se ocupaba tan sólo en fortificar las fibras de su tallo y en extender sus numerosas raíces, afirmándose en la tierra.

Un día, fuertes ráfagas de viento empezaron a soplar. Era un gran ciclón que se acercaba.

—Aquí está el ciclón, dijeron el guayabo y el plátano. El se encargará de castigar a la orgullosa palmera.

Todos los árboles de la llanura agitaban sus ramas, sacudidas furiosamente por el viento que, cada vez, soplaba con más fuerza.

Desde los primeros momentos, el pobre plátano vió sus hojas deshechas y arrancadas; al fin, él mismo no pudo resistir y dobló su débil tallo, para no volver a levantarse.

El guayabo resistió un poco más; pero la violencia del viento era tanta que también fué desgajado y abatido.

El ciclón quería también arrancar la palma.

Primero pudo quitarle una penca; después, logró troncharle dos pencas más y doblarle el palmito que se erguía en el centro del penacho.

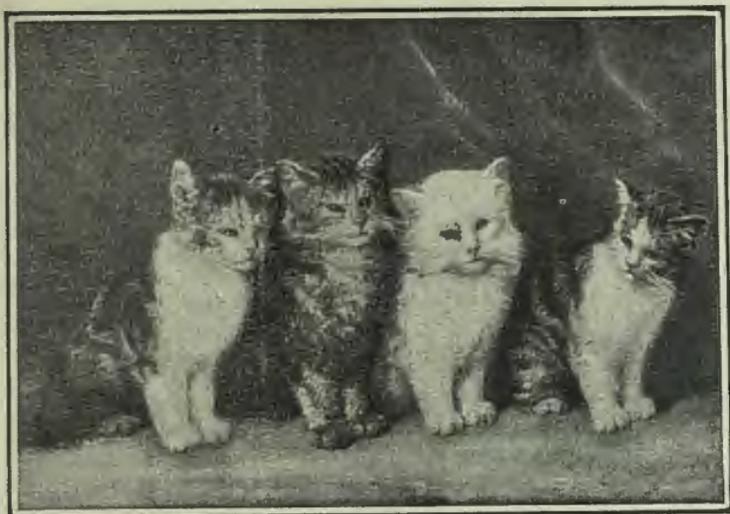
Pero, las raíces de la palma se habían multiplicado tanto y las fibras de su tallo eran tan fuertes, que el ciclón no logró desarraigarla.



Al fin, el ciclón empezó a alejarse hacia otros lugares donde producir estragos.

Del guayabo y el plátano no quedaban sino restos dispersos.

La palma que, en vez de entretenerse en murmurar de los demás, había aprovechado los días de calma para multiplicar sus raíces y fortalecer sus fibras, se mantenía derecha.



CAPITULO XXXVI

EL GATO CON BOZAL.

Un psicólogo curioso
le puso un bozal al gato,
y, cortándole las uñas,
lo encerró dentro de un cuarto.

Todos los días le daba
el sustento necesario,
y de unos cuantos ratones
iba siempre acompañado,
ratones que con paciencia
domesticó aquel sabio,

para estudiar en los brutos
los sentimientos humanos.

Al principio, Micifú
con mucha atención mirábalos,
mostrando en sus actitudes
ansiedad por devorarlos;
mas, a las pocas semanas,
era interesante el cuadro:
se hicieron grandes amigos
por consecuencia del trato,
y en tan buenas relaciones
a tal extremo llegaron
que se pasaban las horas
entretenidos, jugando.

Viendo el sabio que el instinto
perdía sus grandes rasgos
vencido por la costumbre,
el bozal colgó de un clavo,
y de otro clavo el cordel
que llevaba al cuello el gato,
dejándolo libremente
en sus carreras y saltos;
y a los muy pocos instantes
el traidor se arrojó rápido

sobre sus buenos amigos,
tan furioso, que en el acto
un ratón y una ratona
allí difuntos quedaron,
y todos hubieran muerto
si no se interpone el sabio.

La inclinación puede mucho:
el que tiene instintos malos
tarde o nunca se corrige,
y suele ser como el gato.

FRANCISCO J. BALMASEDA.





CAPITULO XXXVII

LA GOLONDRINA Y EL GORRIÓN

Sobre el alero de un tejado, se encontraron, en una hermosa tarde del estío, una golondrina y un gorrión.

Sabido es que este pájaro callejero es también un parlanchín.

En cuanto vió a la golondrina, se acercó a ella con el propósito de entablar conversación.

— ¡Cuánto extraño verte aquí, hermana golondrina!, le dijo; siempre te veo volando con tus largas alas abiertas, unas veces junto a la tierra, otras, a gran altura, cerca de las nubes.

— Estoy descansando un momento, respondió

la golondrina, antes de remontar el vuelo; cuando subo a las alturas de la atmósfera, me gusta permanecer allí durante mucho tiempo.

—¡Qué gusto tan extraño el tuyo!, repuso el gorrión. Por nada del mundo subiría yo a esas regiones. Si llegara de pronto una fuerte ráfaga de viento o se cansaran mis alas, no encontraría ni un tejado ni un arbusto donde refugiarme. Amiga del peligro eres, por lo que veo.

—Ningún peligro hay para mí, por mucho que me aproxime al cielo, buen gorrión, replicó la golondrina. Si yo tuviera las alas cortas y el cuerpo pesado como tú, temería subir; pero mi cuerpo es ligero y mis alas son largas y fuertes, a propósito para grandes vuelos.

—No estoy convencido con lo que acabas de decirme, volvió a replicar el gorrión. En esos lugares tan altos no debe haber ni un mal mosquito; en cambio aquí, junto a la tierra, hay hojas, flores, insectos, gusanos y semillas en gran abundancia para saciar el apetito. ¿Que iría a buscar por allá arriba? Tú también tienes aquí abajo todos los insectos de que te alimentas.

—Cierto es, contestó la golondrina. Una gran parte del día la paso volando a ras del suelo, cazando los pequeños bichitos que me sirven de

alimento; pero, después que he satisfecho la necesidad de comer, me gusta subir, hasta llegar cerca de las nubes, del cielo y del sol.

El gorrión no pudo comprender estas últimas frases, puesto que ni las nubes, ni el cielo ni el sol son cosas que sirven para comer, ¿qué gusto podía encontrar la golondrina en acercarse a ellas? Ya se disponía a volver a preguntarle, cuando vió un gusanillo que se movía entre la yerba y se arrojó del alero con intención de cazarlo.

La golondrina aprovechó aquella oportunidad para librarse del preguntón y, desplegando sus alas, se lanzó a los aires emprendiendo el vuelo hacia arriba, deseosa de disfrutar los últimos rayos del sol, que se hallaba ya próximo a trasponer el horizonte.

En autor



CAPITULO XXXVIII

LA ROSA Y LA MAZORCA DE MAÍZ.

En el patio de una casa, sembró el dueño una mata de maíz y un rosal.

Casi al mismo tiempo, nacieron la primera rosa y la primera mazorca de maíz.

Cuando la rosa abrió sus pétalos, sintió la mazorca gran envidia al ver sus hermosos y vivos colores brillando a la luz del sol.

—En verdad, que estoy asombrada, le dijo, al ver tu falta de modestia. No tienes reparo en ostentar tu belleza, ofreciendo tus perfumés a las brisas y el néctar de tus pistilos a cuantas mariposas se acercan a ti.

¡Aprende de mí! Mira como aprieto mis hojas en torno de mis granos para evitar que las aves los picoteen o que el viento los disperse.

—Tú y yo somos diferentes, contestó la rosa.

Yo no tengo otra misión en el mundo que reir ofreciendo mis perfumes a la brisa y el néctar de mis pistilos a las mariposas que cruzan por aquí.

En esto, la hija del dueño que paseaba por el patio, vió la rosa y exclamó:

—¡Oh, qué linda es! La cortaré para adornar con ella mi cabeza.

Y, haciéndolo así, la sujetó con un gancho de su rubia cabellera.

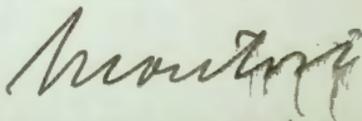
—¡Ahora sí que ha llegado el fin de tu vida! dijo la mazorca.

—Ningún fin más agradable que éste podía yo desear, adornando la cabeza de una niña tan hermosa, contestó la bella flor.

En aquel momento, llegó la cocinera de la casa y, fijándose en la mazorca de maíz, la arrancó, diciendo:

—Es lo único que me faltaba para completar mi ajiaço.

—Adiós, hermana, dijo la rosa; tú vas por tu camino y yo por el mío. No me compadezcas ni me envidies, pues yo tampoco tengo envidia de ti.





CAPITULO XXXIX

LA CABRA.

A las rejas atada
Por áurea cadenilla,
Balaba lastimera
Una linda cabrita.

Aguinaldos nevados
Y rojas campanillas
Festoneaban risueños
La pradera florida.

En bulliciosa tropa,
Revolaban garridas
Aladas mariposas
De caprichosas tintas.

Y en torno de las hojas
De heliotropos y lilas

Mostraban su belleza
Y del néctar bebían.

En tanto, sus ojuelos
La cabra revolvía,
Envidiando la suerte
De la tropa garrida.

Y sus quejidos tristes,
La brisa matutina,
Hasta el hojoso bosque
Ligera conducía.

Escuchando el lamento
De la triste cabrita,
Pesarosa y turbada,
Volví en torno la vista;
Por entre el verde césped
La onda libre bullía;
Desplegaba el insecto
Las alas encendidas
Y su cáliz precioso
Las rojas campanillas.

Y dije, comparando
Fortuna tan distinta:
—Libre os hizo natura,
Y el hombre os esclaviza.



CAPITULO XL

EL CHASCO DE UN ENVIDIOSO.

En una comarca vivía un señor muy rico y generoso, que gustaba de proteger a los campesinos pobres de su vecindad, por lo que era muy querido de todos.

Entre sus vecinos, había un labriego muy pobre, pero de nobles sentimientos.

Cierta vez, recogiendo su cosecha de rábanos, encontró uno, de tan hermosa apariencia, que daba gusto verlo.

Entonces, el campesino pensó:

—Este hermoso rábano se lo llevaré al señor,

ya que él ha sido tan bueno para mí en otras ocasiones.

Así lo hizo: envolvió el rábano en una servilleta y lo llevó al señor.

Este comprendió la simpleza del rústico, pero supo apreciar también su generosidad.

Aceptó el obsequio, celebrándolo mucho, y le regaló cien monedas de plata.

Los criados del señor divulgaron aquel suceso, enterándose así de él todos los labradores de los contornos.

Uno de ellos, quiso probar su fortuna llevando al señor algún fruto de su cosecha.

Andando en su melonar, encontró un gran melón, lo cogió, lo envolvió en su servilleta y lo llevó al señor.

Cuando llegó a su presencia, le dijo:

—Señor mío: aquí te traigo este gran melón que encontré en mi melonar. He pensado que sólo tú eres digno de comerlo.

El señor comprendió en seguida el interés que guiaba al ambicioso labriego. Recogió el melón que le ofrecía y, llamando a su mayordomo, le dijo:

—Toma este melón que me ha traído este buen amigo mío.

El labrador pensaba: ahora ordenará que me den cien monedas de plata.

Pero el señor continuó diciendo a su mayordomo:

—Como quiero recompensarle, entrégale aquel rábano que te di a guardar el otro día.

Y, volviéndose al labriego, le dijo:

—Amigo: creerás que mi obsequio no tiene valor; pero yo te aseguro que este rábano me ha costado cien monedas de plata, de modo que bien recompensado vas.

El chasqueado campesino recogió su rábano, bajó la cabeza y se fué tratando de disimular el chasco que le había producido la ocurrencia del señor.

Muntori





CAPITULO XLI

LA MONTAÑA Y EL VALLE.

Cansado un día el valle de contemplar ante sí el inmóvil perfil de la montaña, se dirigió a ella, diciéndole:

—En verdad, amiga, que ya estoy cansado de verte siempre igual. No sirves más que para privarme del sol en las primeras horas de la mañana y para burlarte de mí en las horas de la tarde, mostrándome tu cima iluminada por sus últimos rayos, en tanto yo estoy envuelto ya en la sombra.

—No tienes razón en lo que dices, contestó la montaña. Cierto es que te quito la vista del

sol durante algunas horas de la mañana; pero, en cambio, son muchos los beneficios que te proporciono. En mis cumbres, se deshacen en lluvia las nubes cargadas de agua que cruzan sobre ti sin derramar una sola gota de su líquido. En vez de arrojarte toda esta cantidad de agua de una vez, para librarme de su molestia, con lo que te inundaría y ahogaría toda tu vegetación, la cojo en multitud de canalitos o la filtro en mis entrañas, para enviártela poco a poco, en forma de arroyitos y manantiales, que te riegan después durante todo el año.

—Cierto debe ser lo que dices, replicó el valle. Pero no debes ser tan orgullosa. A veces pienso que me desprecias.

—Mal me juzgas, amigo valle, dijo la montaña. Me ves elevada sobre ti a gran altura y te parezco orgullosa. Es verdad que tengo altas cimas formadas por enormes peñascos y espesos bosques donde habitan fieros animales; pero también tengo arroyuelos graciosos, bordeados por multitud de plantas floridas, y bosquecillos poblados por gran número de pájaros cantores. Tú mismo, ingrato, me debes la vida y, sin embargo, ya ves como piensas de mí.

—Perdóname, ¡oh gran montaña!, repuso entonces el valle.

Te juzgaba mal porque no te conocía. Eres grande y también eres buena. A distancía, tu semblante parece áspero y orgulloso; pero ahora me doy cuenta de tu bondad.

He aprendido en tus palabras que no se debe juzgar a nadie por las apariencias y que es preciso conocer bien a los seres antes de hablar de ellos.

Augusta





CAPITULO XLII

MARTI.

¡Heroico paladín de un pueblo triste!
contra tus enemigos en acecho
fueron tres las espadas que esgrimiste:
¡la razón, la justicia y el derecho!

Hoy que tu noble cuerpo ya no existe,
hoy que ha cesado de latir tu pecho,
se deja de pensar en lo que hiciste
para pensar en lo que hubieras hecho.

Tu palabra en la tierra fué un encanto,
y el poder que en el ánimo ejercía
tu irresistible seducción, fué tanto,
que el solo anuncio de tu muerte impía
llenó a tu pueblo de letal quebranto,
¡y hay quien piensa que vives todavía!

BONIFACIO BYRNE.



CAPITULO XLIII

ULISES Y EL GIGANTE POLIFEMO.

Fué Homero un antiguo poeta griego, hombre de imaginación extraordinaria.

En uno de sus libros cuenta las aventuras de un rey de Grecia llamado Ulises, que anduvo muchos años errante por el mundo, sin poder regresar a su país.

En uno de sus viajes, llegó Ulises con sus compañeros a un lugar de la costa de Sicilia, donde habitaba una raza de gigantes.

Desembarcaron los viajeros y llegaron a una cueva en la que encontraron muchas vasijas de leche con la que aplacaron su hambre.

Hallándose en la cueva, llegó a ella el gigante que la habitaba, el cual se llamaba Polifemo y tenía un solo ojo en medio de la frente.

Ulises se presentó a él con objeto de conquistar su amistad, pero el gigante cogió a dos de sus compañeros, los mató y se los comió.

Después preguntó a Ulises como se llamaba, pero éste, que era muy astuto, le contestó:

—Me llamo Nadie; así me llamaron siempre mis padres y mis amigos.

Antes de acostarse a dormir cerró el gigante la entrada de la cueva con una gran piedra.

Al día siguiente salió con su rebaño de carneros, dejando encerrados a sus prisioneros.

Cuando volvió por la noche, se comió otros dos de ellos. Para librarse, Ulises ideó la siguiente estratagema.

Ofreció al gigante el vino que llevaba en su embarcación; aquél se lo bebió todo, durmiéndose profundamente.

Después, aguzó una gran estaca que había dentro de la cueva y, ayudado por sus compañeros, la clavó en el ojo del gigante.

Este se despertó dando grandes gritos; los otros gigantes que había en la isla acudieron a la entrada de la cueva y le preguntaron:

—¿Qué te pasa, Polifemo? ¿Quién te hace daño?

—“Nadie” me hace daño, y él es quien quiere matarme, contestó Polifemo.

—Pues si “nadie” te hace daño ¿por qué gritas?, le replicaron los demás. Déjanos dormir en paz.

Y se marcharon de allí.

El gigante estaba furioso; pero como no veía a sus prisioneros, que se habían escondido en los últimos rincones de la cueva, nada podía hacer más que amenazarlos.

Ulises fué amarrando a sus compañeros debajo del vientre de los grandes carneros de Polifemo y, después, él mismo se colocó debajo de otro, sujetándose de sus grandes vellones de lana.

Cuando llegó el día, Polifemo quitó la piedra de la entrada para que sus carneros pudieran salir.

Cuando los prisioneros se vieron libres, corrieron a su embarcación que todavía se hallaba amarrada en la orilla y se alejaron de allí a toda prisa, librándose de este modo de la horrible muerte que les esperaba.

Mouton



CAPITULO XLIV

EL PINO AMBICIOSO

Hubo una vez un pino que no estaba contento con su suerte.

—¡Oh, decía él, son muy feas estas verdes agujitas de mis ramos! ¡Ah, si mis hojas fueran de oro!...

El genio de la montaña lo oyó y, al día siguiente por la mañana, amaneció el pino con hojas de oro. Se mostró radiante de alegría y miró con altivez a los otros pinos.

A la noche pasó por allí un judío, le arrancó todas las hojas, las metió en un saco y se fué, dejando al pino desnudo de pies a cabeza.

—¡Oh!, dijo el pino tristemente. ¡Qué desgraciado soy! Quédé completamente desnudo. No hay en toda la floresta una planta tan pobre como yo. Hice mal en pedir hojas de oro; el oro atrae todas las ambiciones. ¡Ah, si yo tuviera

las hojas de vidrio! Sería un vestido deslumbrante y no atraería la codicia del judío.

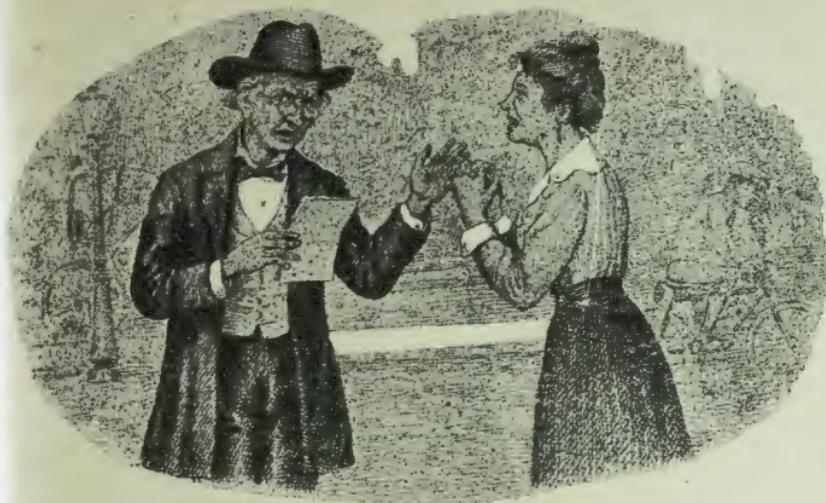
Y al día siguiente amaneció el pino con hojas de vidrio, que brillaban al sol como pequeños espejos. Quedó otra vez muy contento y orgulloso, mirando desdeñosamente a sus vecinos. Mas, en esto, el cielo cubrióse de nubes y el viento, arreciando y rugiendo, rompió las hojas de cristal, dejando otra vez al pino completamente desnudo.

—Me engañé; dijo el joven pino, viendo por el suelo en mil fragmentos su vestido de cristal.

El oro y el vidrio no sirven para vestir en las florestas. Si yo tuviese las hojas frescas del álamo, sería menos brillante, pero viviría descansado. Cumplióse este deseo y, a pesar de haber renunciado a las vanidades primitivas, juzgábase así bien vestido y más honrado que los otros pinos, sus hermanos.

Pero pasó por allí un rebaño de cabras, y viendo las hojas acabadas de nacer, tiernas y verdes, comiéronselas todas.

Entonces fué cuando el pobre pino, avergonzado y arrepentido, pidió volver cuanto antes a su forma natural. Consiguió este favor, y nunca más volvió a quejarse de su suerte.



CAPITULO XLV

LA GRAN NOTICIA.

A un viejo que pasaba por la calle,
Una niña bonita
Y de arrogante talle,
Detuvo del faldón de la levita,
Diciéndole:—Señor, por vida suya
Quiero que usted me instruya
De las nuevas que aquí me participa
Una tía que tengo en Arequipa.
Y sin más requilorio
Alargaba una carta al vejestorio.
Cabalgó el buen señor sobre los ojos

Un grave par de anteojos:
El sobre contempló, rompió la oblea,
La arenilla quitó de los borrones,
Examinó la firma, linda o fea,
Y se extasió media hora en los renglones.
Ya de aguardar cansada,
—¿Qué me dicen, señor?—dijo la bella:
Y el viejo echó a llorar, diciendo:—¡Nada!
Has nacido, mi bien, con mala estrella.
Asustada la joven del exceso
Del llanto del anciano,
Le preguntó:—¿Quizás murió mi hermano?
Y el viejo respondiéndola: ¡Ay! peor que eso...
¿Está enferma mi madre?—Todavía
Es peor cosa, hija mía,
¡No puedes resistir a esta desgracia! ..
¡Yo, viejo y todo, me volviera loco!... .
—¿Qué ha sucedido, pues, por Sta. Engracia?
—¡Que tú no sabes leer!...¡ni yo tampoco!

RICARDO PALMA.





CAPITULO XLVI

EL RIO Y LA PEÑA.

En el recodo de un río, avanzaba una gran piedra casi hasta el centro mismo de la corriente.

El agua chocaba con fuerza contra la roca, pero, después de formar varios remolinos se alejaba por el otro lado de su cauce.

—Inútil es que te desesperes, impaciente río, dijo la peña. Por mucha que sea la fuerza con que lances tus aguas sobre mí, no lograrás hacerme caer. Date por vencido y desvía tu curso, dejándome tranquila.

—Este es mi camino, replicó el río, y de él no me apartaré, al fin y al cabo, acabaré por deshacerte y arrollarte. Veremos quien puede más, si mi constancia o tu dureza.

Se rió la piedra de aquella amenaza y se afirmó sobre sus cimientos.

Pasaron cien años; y otros ciento después.

La roca seguía burlándose, ante la loca tenacidad del río.

—Me das lástima, decía; por toda la eternidad del tiempo puedes seguir tu tarea insensata; nada lograrás.

Nada respondió el río; pero siguió lanzando su corriente contra el costado de la peña, esforzándose en ahondar la ligera concavidad que había empezado a formarse allí.

—Pasaron otros cien años, y mucho tiempo más.

La roca estaba socavada en su base, por todo el contorno donde chocaban contra ella las aguas del río.

Un día llovió abundantemente en la montaña donde tenía su nacimiento el río. Este creció con aquel caudal de aguas y empezó a bajar hacia la llanura con estrépito.

Cuando la corriente crecida llegó a la roca,

chocó contra ella con tanta fuerza, que la peña crugió en su cimiento y al fin se derrumbó en medio de la corriente.

Sobre ella, pasaron las aguas del río, quedando lisa después aquella parte de su orilla.

—Más que tu dureza, dijo el río, pudo mi constancia. Cuando deseo realizar un trabajo, no me detengo, por mucho que sea el tiempo que necesite. Si no me bastan mil años, empleo otros mil y todos los miles que sean necesarios, hasta que consigo lo que quiero.

Asuntor





CAPITULO XLVII

EL CUERVO.

Detuvo su vuelo el cuervo y dijo al ver sobre el terruño a un hombre que lo trabajaba:

—¡Miren como labra Juan sus tierras!

—No soy Juan—exclamó el hombre levantando la cabeza—soy el hijo de Juan que trabaja para vivir miserablemente y pagar por segunda vez al señor el valor de sus tierras.

Siguió volando el cuervo y, más allá vió, jinete en un caballo, a un caballero.

—Vaya con Dios, D. Gil—le dijo.

—No soy D. Gil—contestó el caballero; soy el hijo de D. Gil, que viene a cobrar del hijo de Juan el valor de sus tierras por segunda vez



Pasó mucho tiempo.

El cuervo detuvo su vuelo, y dijo viendo a un hombre que trabajaba sobre el terruño:

—¡Miren el nieto de Juan cómo labra sus tierras!

—No soy el nieto de Juan—respondió el hombre—sino uno de sus biznietos, que trabaja para vivir miserablemente y pagar por sexta vez al señor el valor de sus tierras.

Siguió volando el cuervo, y encontró más allá, jinete en un caballo, a un caballero.

—Vaya con Dios, el nieto de D. Gil—le dijo.

—No soy el nieto de D. Gil—contestó el caballero—sino su biznieto, que viene a cobrar al biznieto de Juan el valor de sus tierras por sexta vez.



Pasó un siglo más.

El cuervo detuvo su vuelo, y dijo, viendo a un hombre que, rota su azada, lloraba cerca del terruño:

—¿Por qué llora el biznieto de Juan?

—No soy el biznieto de Juan—repuso el hombre—soy uno de los nietos del biznieto de Juan, y el señor me ha arrojado del terruño que labraron mis antepasados, porque no he podido pagar por centésima vez el valor de sus tierras.

Siguió volando el cuervo, y encontró más allá, jinete en un caballo, a un caballero.

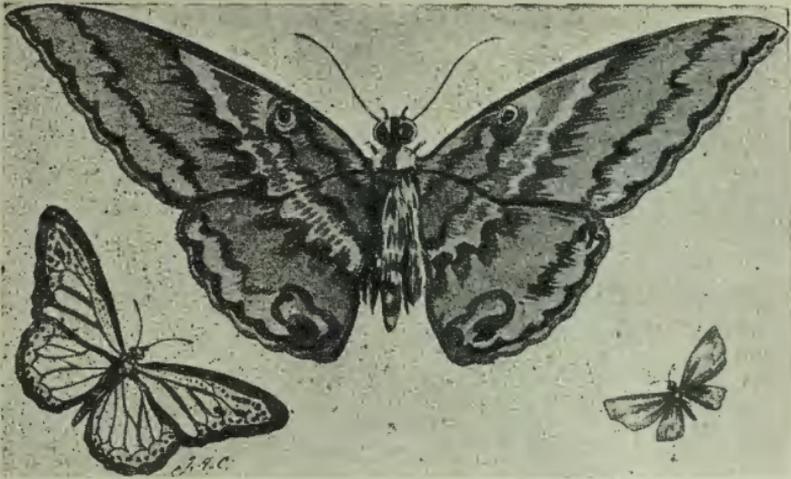
—¿Dónde va tan de prisa el biznieto de don Gil?—le dijo.

—No soy el biznieto de D. Gil—contestó el caballero—soy un nieto del biznieto de D. Gil, que viene a buscar otro Juan que pague con su descendencia a mí y a los míos, otras cien veces el valor de las tierras de mis antepasados.

El cuervo se alejó, y dijo graznando:

—Soy más feliz que los Juanes, porque puedo posarme libremente en la rama que se me antoje. Soy más noble que los Giles, porque no arranco los ojos de los hombres hasta que están ya muertos.

Montón



CAPITULO XLVIII

A UNA MARIPOSA.

Fugaz mariposa
que, de oro y zafir,
las alas despliegas,
gozosa y feliz.

¡Cuál siguen mis ojos
tu vuelo gentil,
cuando reina te alzas
del bello jardín!

Si le dan riquezas
la aurora y abril,

—de albores y aromas—
todo es para ti.

Te rinde la dalia
su vario matiz;
su altiva hermosura
te presenta el lis.

Perfumes, la viola
—que evita el lucir—
te manda en las alas
del aura sutil.

Ya libas el lirio,
ya el fresco alelí,
ya trémula besas
el blanco jazmín.

Mas ¡ay! cuán en vano
mil flores y mil
por fijar se afanan
tu vuelo sin fin!...

¡Ay! que te lleva
tu audaz frenesí,
do ostenta la rosa
su puro carmín.

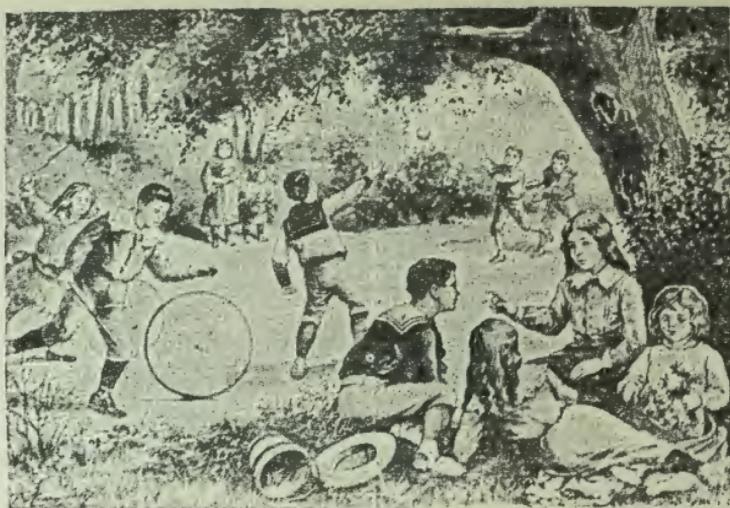
¡Temeraria, tente!
¿Do vas, infeliz?...
¿No ves las espinas
punzantes salir?

¡Torna a tu violeta!
Torna a tu alelí!
¡No quieras, incauta,
clavada, morir!

GERTRUDIS G. DE AVELLANEDA.



M. G. de Avellaneda



CAPITULO XLIX

LOS CIEGOS CORREDORES

En la hora del recreo, el maestro dijo a los niños que les iba a enseñar un juego nuevo.

Hizo tantos bandos de seis niños como pudo, con todos los niños del aula.

Luego dividió el patio de la escuela en seis partes a lo largo, marcando las divisiones en el suelo, con tiza.

Después, les explicó el juego, de este modo:

—El primer bando entra en juego colocándose cada niño en un extremo de cada una de las divisiones del patio, teniendo los ojos vendados con el pañuelo.

A una señal del maestro, salen todos tan de prisa como puedan, hasta llegar al otro extremo.

El maestro cuenta el tiempo que tarda en llegar cada niño y las veces que se salen de la zona que les corresponde.

Después que han corrido todos los bandos, se declara vencedor aquél que ha tardado menos tiempo en hacer el recorrido con menos faltas.

Durante todo el recreo, estuvieron jugando los niños al nuevo juego.

Al principio se equivocaron muchas veces, pero, al poco tiempo, ya supieron jugar bien, teniendo pocas equivocaciones.

Al final, el bando que tuvo menos faltas se proclamó vencedor.

El niño que hizo sus carreras más de prisa y con menos faltas, fué nombrado capitán.

Todos los niños gritaron entonces:

—¡Viva el Capitán!

Montori





CAPITULO L

UN DIA DE FIESTA

—¡Día de fiesta, día de fiesta! gritan los niños al levantarse por la mañana; su papá les ha prometido llevarlos al pueblo próximo donde viven sus primos para que pasen el día jugando con ellos.

Juanito coloca su mano cerrada junto a la boca, como si fuera una corneta, y recorre la casa tocando una marcha militar.

Rogelio hace piruetas, apoyando las manos en el suelo y alzando las piernas, como si fuera un payaso de circo.

Al fin llegó la hora de marchar.

—¡El tren, el tren! ¡Arriba, antes de que se ocupen todos los asientos! dicen los muchachos arrastrando al papá y la mamá.

Al fin ya sale el tren, y empiezan a ver cañaverales, lomas, arroyos, bohíos y palmares; todos los detalles del paisaje cubano, que los muchachos señalan regocijados cada vez que aparecen.

Ya están llegando; allí están los primos.

—José, José, aquí traigo mi pelota, dice Rogelio.

¡Cuánto gozaron aquel día!

Las niñas jugaron con sus muñecas y saltaron a la suiza.

Los muchachos treparon a los árboles, cogieron frutas, montaron a caballo y jugaron a la pelota.

Cuando llegó la hora de marchar, de puro cansados apenas podían levantar los pies.

Rogelio y Juanito pidieron a sus tíos que el próximo domingo llevaran a sus primos a su casa.

Al fin se despidieron y, cuando el tren empezó a marchar, sacaban sus pañuelos por la ventanilla, gritando:

—¡Adiós, adiós, hasta el domingo!



CAPITULO LI

A UN RUISEÑOR. (1)

I

¿Por qué, pájaro sombrío,
Enmudeces y no cantas,
Y así ocultas la cabeza
Bajo de tus pardas alas?
¿Por qué al cariño te niegas
Con que tu dueño te halaga
Y hasta el sustento rehusas
Que su mano te depara?

(1) Esta composición fué escrita en un calabozo del Castillo del Principe, en 1852, donde se hallaba preso el poeta a causa de las agitaciones políticas que se produjeron en Cuba, con motivo de las expediciones de Narciso López,

—Por que en tu dorado encierro,
Pobre avecilla, te falta
Esa libertad preciosa
A mí también arrancada;
Y pues son unas las penas
Que nuestros dolores causan
Lloremos, pájaro triste,
Yo en la prisión, tú en la jaula.

II

Ya no más, en raudo vuelo
Podrás cruzar la sabana,
Ni en la linfa del arroyo
Verás tu imagen pintada,
Ni aspirarás el ambiente
Que las flores embalsaman,
Ni subirás a las pencas
De las elevadas palmas;
Yo también, arrebatado
Fuí de mi querida patria,
Y acaso no veré nunca
Los lugares de la infancia,
Y pues la suerte es la misma
Que nuestra existencia arrastra,
Lloremos, pájaro triste,
Yo en la prisión, tú en la jaula.



CAPITULO LII

LOS CAZADORES DE PAJAROS

Tomás y Antonio fueron a pasar las vacaciones de Pascuas en la hermosa quinta de su tío Joaquín.

¡Cuántos pajaritos que no conocían vieron en la arboleda de la quinta!

Había allí sinsontes, mayitos, carpinteros, bobitos, bijirritas, mariposas y otros muchos más.

¡Qué lindas son las mariposas, euando cambian sus primeras plumas verdes y les salen otras azules, rojas y amarillas!

Todos los días iba una muy bonita a posarse

y revolotear entre los arbustos, cerca del guayabal.

Un día, Tomás tuvo un mal pensamiento.

—¿Vamos a cazar esta mariposa? dijo a su hermano.

—¡Qué bueno! contestó éste, cuando la hayamos cogido, la pondremos en una jaula y jugaremos con ella.

Con una goma y una ramita bifurcada hicieron un tiraflechas y fueron en busca del pajarito.

Cuando lo vieron, cogió Tomás un puñado de piedrecitas; puso una en el tiraflechas y la disparó contra el pobre pájaro, que estaba posado en una rama, abriendo sus alitas para recibir en ellas los rayos del sol.

El golpe le dió en medio del pecho y, entonces, cayó al suelo todo ensangrentado.

Los niños fueron a cogerlo muy contentos; pero, cuando lo tuvieron en las manos y vieron que estaba muerto, se dieron cuenta de su maldad.

¡Nunca volverían a verlo revoloteando graciosamente entre las matas!

Entonces regresaron a la casa, prometiendo no volver a tirar piedras a los pobres pajaritos.



CAPITULO LIII

LA PELOTA TRAIIDORA

Ha sonado la campana señalando la hora del recreo.

Salen los niños al patio: ¡a jugar! ¡a jugar! Pero no se ponen de acuerdo; unos quieren jugar a la lunita, otros, al marro, otros, al burro brincado.

Entonces, interviene el maestro y les dice:
—Voy a enseñarles un juego nuevo; se llama “La pelota traidora”.

Con un largo cordel, haciendo centro en me-

dio del patio, trazó una circunferencia de ocho o diez metros de radio.

Puso a un niño en el centro, con la pelota en la mano y, a los demás, distribuídos alrededor, en la circunferencia marcada.

Entonces, les explicó:

—Los muchachos de la circunferencia son los corredores y empiezan a correr en torno del que está en el centro, el cual es el tirador.

Este nombra a uno en voz alta y le lanza la pelota.

El muchacho debe cogerla en el aire sin pararse. Si no la puede coger, sale del juego.

Si la coge, el del centro debe salir corriendo para colocarse en la circunferencia.

Entonces, el que tiene la pelota puede tirársela y, si lo toca, lo hace salir del juego; pero, si no lo toca, tiene que salir él.

Si no quiere tirarle la pelota, lo deja llegar a la circunferencia y pasa él al centro, empezando otra vez el juego, hasta que ya no quede ningún muchacho sin correr.

El que ha quedado de tirador último es el vencedor y todos los muchachos deben desfilar delante de él, saludándolo militarmente.



CAPITULO LIV

LA MUERTE DEL ÉSCLAVO.

Por hambre y sed y hondo pavor rendido;
del monte enmarañado en la espesura,
cayó por fin entre la sombra oscura
el miserable siervo perseguido.

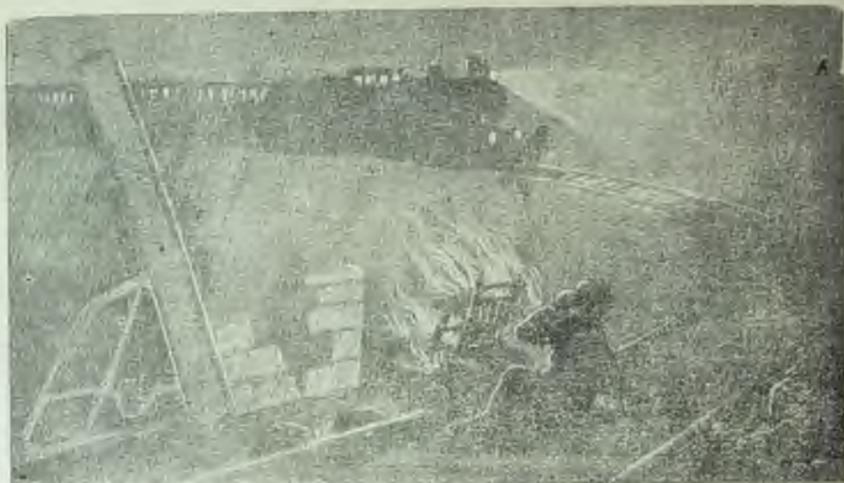
Aún escucha a lo lejos el ladrido
del mastín, olfateando en la llanura;
y hasta en los brazos de la muerte dura,
del estallante látigo el chasquido.

Mas, de su cuerpo, ante la masa yerta,
no se alzar  mi voz conmovedora
para decirle.  L zaro; despierta!
 Atleta del dolor, descansa al cabo,
que el que vive en la muerte nunca llora,
y m s vale morir que ser esclavo!

MERCEDES MATAMOROS.

Mercedes





CAPITULO LV

EL NIÑO QUE SALVO UN TREN.

En la entrada de un puente, que cruzaba una línea de ferrocarril, tenía su caseta un guardavía, encargado de avisar a los trenes que llegaban si podían cruzar el puente sin cuidado.

Una noche se produjo una tempestad tan grande, que el agua del río arrastró el puente, y el viento derribó el poste donde estaban las farolas que servían para dar aviso al tren.

El guardavía salió de su caseta con su hijo para ver si entre ambos podían levantar el poste indicador, pero nada lograron; antes al contrario, en uno de aquellos esfuerzos, el poste,

ya medio alzado, fué de nuevo abatido por la fuerza del viento, cayendo sobre la cabeza del guardavía, quién, con el golpe, quedó sin sentido.

El niño empezó a llorar al ver a su padre, pero, en esto, recordó que el tren debía llegar de un momento a otro, y se llenó de angustia al pensar en la espantosa catástrofe que iba a producirse.

Sin saber qué hacer estuvo un momento, pero, al fin una idea iluminó su pensamiento y, sin perder un instante, comenzó su ejecución.

Fué a su casa, cogió las dos únicas sillas que en ella había y las colocó acostadas, una encima de otra, en medio de la línea.

Arrastró también la mesa en la que ambos comían y la colocó sobre las sillas.

Llevó después varias piezas de ropa interior y unos cuantos periódicos viejos, que colocó debajo de las sillas.

Entonces tomó una caja de fósforos y haciendo debajo de las sillas un abrigo contra el viento, encendió un fósforo y con él prendió los papeles y con éstos las prendas de ropa que había llevado

Se oyó sonar muy próximo el silbido del tren. Entonces, el niño se acercó a la llama, se colocó por el lado donde soplaban el viento, acurrucándose y haciendo una muralla con su cuerpo.

De este modo el fuego cogió fuerza y prendió en la madera de las sillas y la mesa, encendiéndose una viva llamarada.

Ya era tiempo. El tren llegaba con gran velocidad; pero, el maquinista, al ver el fuego encendido en medio de la vía comprendió que algún peligro se le anunciaba y moderó la marcha cuanto le fué posible, logrando parar al pie mismo de la hoguera.

Cuando los pasajeros del tren supieron el heroico comportamiento del muchacho, al que debían la vida, le llenaron de regalos y de bendiciones.

Los directores de la compañía ascendieron al guardavía, dándole un destino en una estación importante y concedieron al niño una pensión como premio a su valeroso comportamiento.

Montini




CAPITULO LVI

LA GARLOPA DEL CARPINTERO.

Un carpintero, muy diestro en su oficio, vivía en la vecindad de un señor muy rico, pero también muy avaro.

Un día se rompió una pata de la mesa donde comía el señor, y éste, deseando ahorrarse el importe de la compostura, decidió hacerla él mismo.

Cortó una rama en uno de los árboles de su patio y empezó a trabajar para pulirla y hacer con ella una pata para la mesa.

Por mucho que trabajó no pudo componerla igual a las demás de la mesa.

Desesperado, al fin, de trabajar inútilmente, llamó al carpintero, resignado a pagarle el precio de la compostura.

Llegó el diestro operario con sus herramientas y, en un momento, arregló un pedazo de madera, de modo que parecía la misma pata rota, compuesta por arte mágico.

Especialmente, llamó la atención del señor la facilidad con que el carpintero pulimentó la superficie áspera de la madera con unos cuantos pases de su garlopa.

—Si yo hubiera tenido un instrumento tan perfecto, pensó, sin duda hubiera hecho el trabajo sin necesidad del carpintero. Se lo compraré por si vuelve a ocurrirme un caso semejante.

Entró en trato con el artesano, quien no tuvo inconveniente en venderle su garlopa, haciéndosela pagar a buen precio.

A los pocos días quiso probar su herramienta pulimentando un trozo de madera, pero, por mucho que trabajó, no logró alisar la superficie.

Llamó al carpintero y le dijo:

—Amigo, creo que me engañaste al venderme tu garlopa; sin duda la descompusiste en el momento de venderla, pues, por más que me he esforzado, no he podido pulir con ella este pedazo de madera.

No contestó el carpintero; pero, tomando la garlopa, terminó en un instante lo que el señor no había logrado en varias horas de esfuerzo.

Entonces, dijo el experto operario:

—La mejor herramienta es inútil si no es manejada diestramente. Yo le vendí mi garlopa, pero no mi destreza; ésta no puede comprarse con todo el oro del mundo y, aunque yo hubiera querido, no podría vendérsela. Para adquirirla he pasado muchos años trabajando, y tan sólo haciendo una cosa parecida podría usted llegar a poseerla.

Montori





CAPITULO LVII

SOY CUBANO

Soy un guajiro feliz,
al sentir por la mañana
cómo cantá en la sabana
la jíbara codorniz.
Contemplo el verde tapiz
del campo, al amanecer,
y experimento placer
admirando el verde llano,
y al pensar que soy cubano
se alegra todo mi ser.

¿Cómo no sentir orgullo
por esta tierra de amores
do se columpian las flores.
de la brisa al blando arrullo?
Donde es música el murmullo
de las cascadas sonoras;
donde son encantadoras
las luminosas estrellas;
donde se ven noches bellas
e incomparables auroras.



CAPITULO LVIII

EL GUSANO Y LA BABOSA.

Entre la yerba de un bosque, hicieron amistad un gusano verde y una parda babosa.

Juntos salían todos los días en busca de las mejores hojas para alimentarse y juntos trepaban a las ramas de los arbustos para disfrutar los rayos del sol.

Un día, el gusano empezó a construir un capullo en torno de su cuerpo con unos hilos formados por una sustancia que sacaba de sí mismo.

—¿Para quién es esa casita que estás fabricando?—preguntó la babosa al gusano. ¿Te

quieres convertir en caracol, para caminar siempre con tu casa a cuestas?

—Algo más sorprendente que eso ha de suceder, amiga babosa, respondió el gusano. A veces, tengo deseos de volar. No sé por qué me parece que, llevando a cabo este trabajo con todas mis fuerzas, llegaré a lograrlo al fin.

—¡Pobre gusano!—exclamó la babosa—se ha vuelto loco. ¡Pues no quiere volar como si fuera un pajarillo o una mariposa!

El gusano tejió un capullo en torno de sí y quedó encerrado dentro.

—Ya me lo figuraba yo, pensaba la babosa; tanto fatigarse y tanto exprimirse para sacar de sí aquella sustancia extraña, tenía que producir mal resultado. Mi pobre amigo ha muerto. Pronto vendrán las hormigas para llevarse su cuerpo en pedacitos.

Como no sucedió así, la babosa sentía curiosidad y pensaba:

—Si el gusano no ha muerto, ¿qué hace tanto tiempo dentro de esa estrecha cárcel?

Un día, el capullo se agrietó y empezó a rajarse.

Al fin se abrió y por la hendidura asomó una

cabecita curiosa, provista de grandes ojos y de dos largas antenas.

La babosa, reconociendo a su amigo, le dijo:

—¡Al fin te vuelvo a ver, querido amigo! Primero creí que te habías vuelto loco; después, que habías muerto! Me alegro que no haya sido así. Acaba de salir para que demos un paseo juntos.

Se abrió totalmente el capullo y apareció una linda mariposa de alas blancas con franjas azules y doradas.

—¡Qué veol, exclamó la babosa; te han nacido unas alas muy lindas, amigo gusano; todos los bichos del bosque me envidiarán cuando me vean en compañía de un insecto tan precioso. Vamos a reunirnos como hacíamos otras veces para pasear juntos.

—¿Qué quieres tú, preguntó la mariposa, y de qué paseos hablas? No te conozco y, en verdad, que no tengo deseos de pasear con un bicho tan feo. Además, no podríamos ir juntos. Tú te arrastras, en tanto que yo tengo alas para volar.

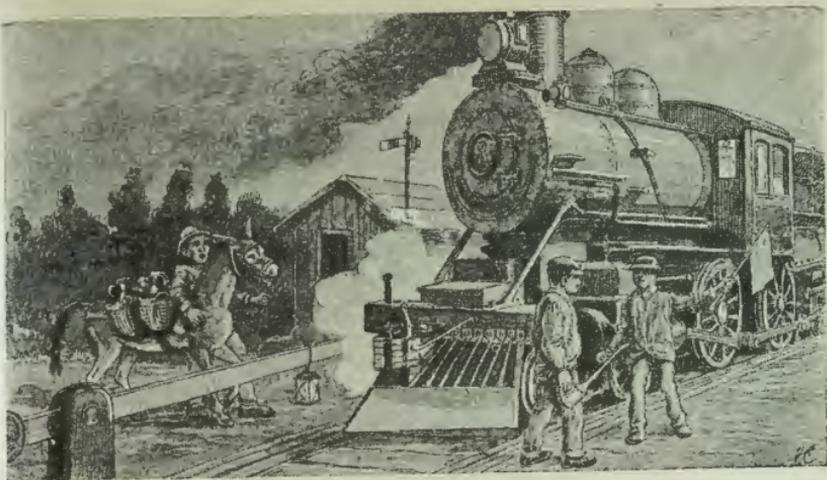
—¿Qué no me conoces?, replicó la babosa. Acuérdate de cuando no eras más que un infeliz gusano y paseabas conmigo.

—Puede ser que haya ocurrido lo que dices, dijo la mariposa. Pero no lo recuerdo. Si alguna vez fuí un gusano podía reunirme contigo. Ahora, nuestra amistad es imposible. Ni tú puedes volar conmigo ni yo podría arrastrarme en compañía tuya. Adiós pobre babosa, estoy ansiosa por aspirar el perfume de las flores y recibir en mis alas abiertas los ardientes rayos del sol.

Y, al decir esto, remontó el vuelo, ante el asombro de su antigua amiga que la miró estupefacta, en tanto ella trazaba graciosos giros en el aire, embriagada por el gozo de volar.

Asuntori





CAPITULO LIX

LA LOCOMOTORA Y EL ASNO.

En el crucero de una vía férrea con un camino, se encontraron una locomotora y un asno.

Alzó éste la cabeza y, contemplando a la locomotora, dijo:

—Maravillado estoy de ver tu arrogancia y tu soberbia. Por tu alta chimenea despides una columna de humo como si quisieras insultar al cielo; y por tus costados dejas escapar dos chorros de vapor, como si quisieras impedir que los demás se te aproximen. Para moverte, bufas y produces tal estrépito que todo tiembla en torno tuyo. En cambio, yo siempre camino con

la cabeza inclinada y las orejas caídas, en prueba de humildad.

—Equivocado estás, pobre asno, replicó la locomotora. Si mi chimenea está erguida y por ella despiro una columna de humo, no es porque yo quiera insultar al cielo.

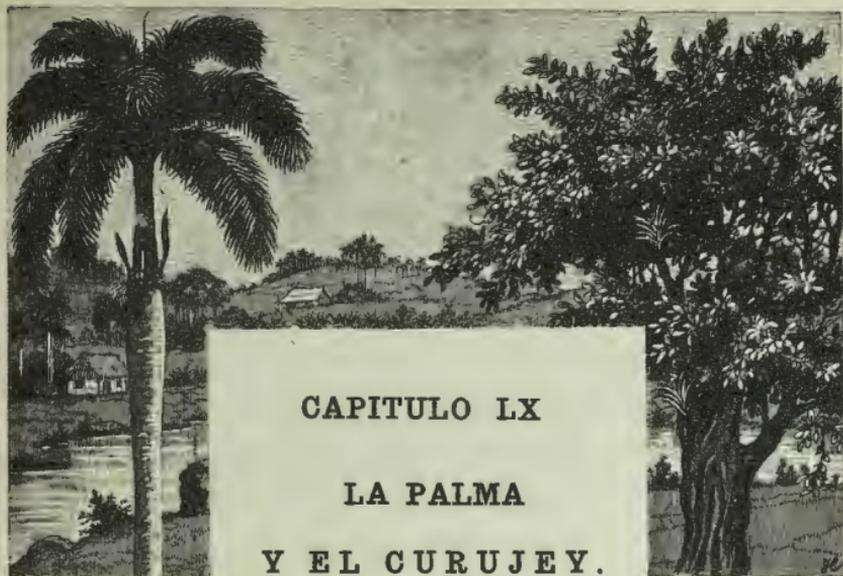
Cuando camino, por fuerza debo despedir humo y producir mucho ruido, puesto que mis ruedas son de hierro y en mis entrañas se esconde un fuego ardiente, gracias al cual se producen todos mis movimientos.

—Incorregible, además de soberbia, eres, por lo que veo, repuso entonces el asno. ¡Ojalá que en la primera curva saltes de la vía y te hagas pedazos en el terraplén!

—¡Apártate, mezquino! dijo entonces la locomotora, que voy a partir. Pero, antes, oye un consejo:

No te atravieses en mi camino, porque te despedazaría sin poderlo evitar; por lo demás, puedes seguir murmurando cuanto gustes

Y moviendo estrepitosamente sus palancas y sus ruedas, se alejó, con grandes resoplidos, despidiendo una espesa columna de humo por su erguida chimenea.



CAPITULO LX

LA PALMA

Y EL CURUJEY.

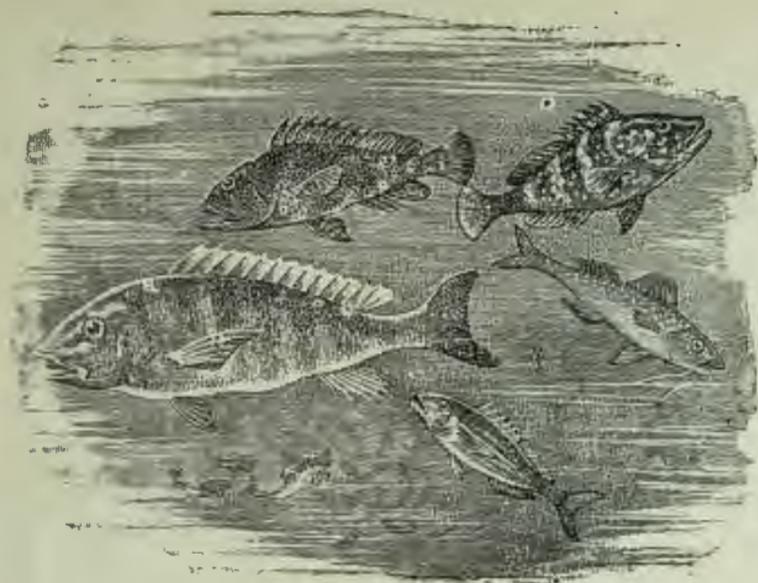
Un curujej que, por estar subido
Sobre las ramas de un jagüey crecido,
Cará a cara podía
Conversar con la palma, le decía:
—“Si acaso se figura
Que esa esbeltez me asombra y esa altura
De que se muestra al parecer ufana,
Le advierto que es muy vana
Idea semejante,
Pues miro tan distante
Del bajo lodazal mi flor graciosa
Como contempla usted su penca hermosa.
Sí, tan alto me veo,

Que nada tengo que envidiarla, creo.”
—Si más sube el jagüey, más alto subes,
Y así podrás llegar hasta las nubes,
 (La palma le replica.)
¿Pero dejas de ser planta bien chica,
 Parásita menguada,
 Conmigo comparada?
¿No te permite ver tu orgullo insano,
Que aunque estás elevado, eres enano,
 Curujey despreciable?
A la tierra desciende, si te es dable,
 Juntos nos mediremos,
 Y sólo así veremos
Si tu flor y mi penca, por ventura,
 Están a igual altura.”

JOSÉ M^a. DE CÁRDENAS.

Arantzi





CAPITULO LXI

LOS TRES PECES.

(Del libro Panchatantra)

Había en un lago tres peces, llamados Previsor, Emprendedor y Fatalista.

Unos pescadores que, cierto día, llegaron a este lago y lo inspeccionaron, dijeron:

—¡Qué maravilla! Este lago tiene muchos peces y ninguno de nosotros ha pescado en él. Para hoy tenemos ya comida y, además, es tarde; pero, mañana por la mañana hemos de venir aquí.

Previsor, que oyó la conversación de los pescadores, convocó a todos los peces y les dijo:

—¿Habéis oído vosotros lo que han dicho los pescadores? Es preciso, pues, que esta noche nos traslademos a otro lago próximo. Que se ha dicho:

“Ante un poderoso enemigo, los débiles han de salvarse en la huida o refugiarse en un fuerte: pues no tienen otro medio de salvación.”

Seguramente que estos pescadores, mañana, a primera hora, vendrán por aquí y no dejarán un pez. Esto me dice el corazón. No debemos, por lo tanto, permanecer aquí un minuto; pues se ha dicho:

“Los sabios que habiendo encontrado un camino de salvación se van por él, no presencian la destrucción de su país ni la ruina de su familia.”

Al oír esto, Emprendedor dijo:

—¡Ah! Has dicho verdad; es eso lo que yo quiero. Vayamos a otra parte, que se ha dicho:

“Quien tiene camino abierto en todas partes, ¿por qué ha de perecer por el apego a su país.”

Pero, cuando Fatalista oyó esto, dijo, riendo a carcajadas:

—No está bien meditado eso que habéis dicho; pues qué, ¿por una palabra de esos pesca-

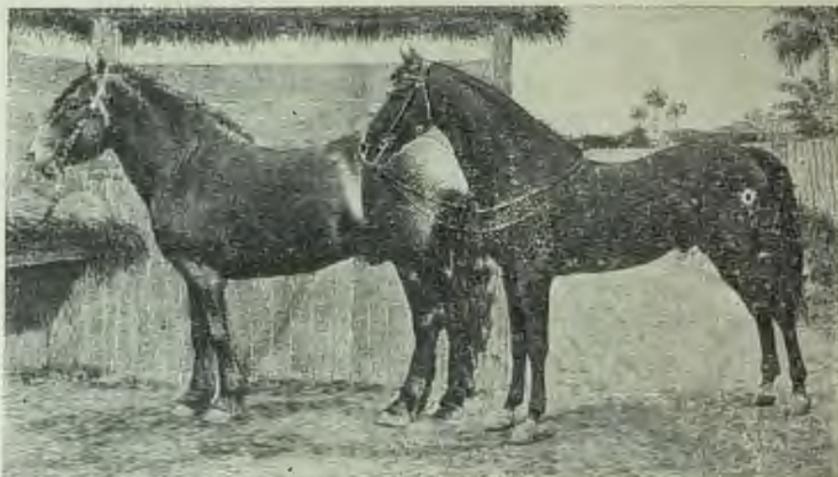
dores conviene que abandonemos este lago que nuestros padres han heredado de nuestros abuelos? Si es que nuestra vida acaba, lo mismo moriremos aquí que en otra parte.

Por eso, yo no me voy. Vosotros haced lo que os plazca.

Al ver la resolución de éste, se marcharon con sus familias Previsor y Empleado. Al siguiente día por la mañana, los pescadores, habiendo parado sus redes, dejaron sin peces el lago, cogiendo también a Fatalista. Por esto, en tanto que Previsor y Empleado viven felizmente, Fatalista ha perecido.

Previsor





CAPITULO LXII

LOS CABALLOS ENEMIGOS.

Dos caballeros, que se hallaban en Túnez, habían llegado a tener una amistad tan estrecha que nunca se separaban.

Juntos viajaban y juntos se aposentaban cuando se detenían a descansar.

En cambio, sus caballos estaban siempre en discordia. En el camino no podían aproximarse el uno al otro sin que, al instante, trataran de morderse.

Si estaban en la cuadra, tenían que amarrarlos a suficiente distancia para que estuvieran tranquilos.

En cuanto podían acercarse, empezaban a pelear.

—¿Qué haremos para evitar que nuestros caballos estén siempre peleando?, se decían los caballeros.

Pero, de ningún modo pudieron lograr que se hicieran amigos.

El rey de Túnez tenía un león al que alimentaba dándole gran cantidad de carne cada día, por lo que siempre compraba cuantos animales le proponían.

Los caballeros pensaron en venderle sus caballos para que los echara al león y, con el dinero de la venta, comprar otros dos que no les produjeran tantos disgustos.

Así lo hicieron y, aquel mismo día, el rey llevó los caballos al corral donde tenía el león dentro de una jaula.

En cuanto los caballos se vieron solos, empezaron a morderse y a darse coces, para satisfacer el encono que cada uno sentía hacia el otro.

En esto, el criado del rey abrió la puerta de la jaula donde se hallaba el león y, éste, que ya tenía hambre, salió al instante, dirigiéndose hacia los caballos.

En cuanto éstos vieron al león, empezaron a temblar; pero, al verlo aproximarse, cesaron de pelear y se unieron para defenderse de él. Cuando éste trató de arrojarse sobre uno de ellos, el otro lo atacó a coces y a mordiscos; y cuando el león se revolvió contra él, entonces fué atacado por el otro, de tal modo, que no tuvo más remedio que refugiarse en la jaula acosado por los mordiscos y las coces de los caballos.

El rey llamó a los caballeros y les contó lo ocurrido; entonces éstos le devolvieron su dinero y recogieron sus caballos que, desde entonces, quedaron amigos para siempre, al igual que sus dueños.

Montoni



CAPITULO LXIII

EL GRILLO Y LA ORUGA.

Dando al vecindario entero
insoportable martirio,
entre las ramas de un lirio
silba un grillo majadero.

Detiéndose en una hoja
que un velo encoge y arruga,
y ve escondida una oruga
a quien su presencia enoja.

—¿Qué haces allí sepultada,
envuelta en ese sudario?
¡Vaya un gusto estrafalario!
Sal a la luz, desdichada!

—El reposo necesito,
por eso en vida me entierro.
Mas, voy a dejar mi encierro,
aguarda un poco, amiguito.

Rompe la tela rugosa
que el grande misterio vela,
y al espacio libre vuela
la brillante mariposa.

Testigo de aquel portento,
mira el grillo entre temblores



el prodigio de colores,
de vida y de movimiento.

—Y, oye, le dice la bella,
de gozo resplandeciente:
—¡La luz evité prudente
para anegarme ahora en ella!

*No aturdas tu juventud,
que las alas del saber
tan sólo pueden nacer
del estudio en la quietud.*

Montevideo



CAPITULO LXIV

LA LIEBRE Y EL LEON.

I

Cierta vez, llegó un león muy fiero a un bosque poblado por diversas especies de animales.

Cada día mataba el león varios animales, unas veces impulsado por el hambre y, otras, por su natural fiereza.

Al ver tanta mortandad inútil, se reunieron los animales del bosque.

Después de haber deliberado, se acercaron al león, diciéndole:

—Señor, ¿para qué esta matanza continua de animales, cuando tú con una sola pieza quedas harto? Haz con nosotros un convenio; de hoy en adelante, quédate aquí echado, y todos los días, vendrá un animal para que te lo comas. De este modo, tu estarás satisfecho y nosotros no seremos exterminados.



El león contestó de esta manera:

---Accedo a lo que me pedís; pero, si cada día no viene una bestia a ofrecérseme, tened seguro que os mataré a todos.

Prometieron los animales hacerlo así y, tranquilos, se esparcieron por el bosque.

Cada día venía una bestia a ofrecerse al león; ya era un animal viejo, ya uno que no tenía apego a la vida; ora un desesperado, ora uno que temía la muerte de su esposa e hijos más que la suya. Nunca faltó al león su comida a la hora del medio día.

Al fin, según el turno establecido para las especies, tocó la suerte a una liebre que no tenía ningún deseo de morir.

Iba poco a poco, meditando como podría librarse del león.

Al pasar cerca de un pozo, se acercó a la orilla y, entonces, vió su imagen reflejada en el agua.

Esto le hizo pensar en un plan que, inmediatamente, empezó a poner en práctica: sin vacilar más, se dirigió hacia el león, en tanto pensaba:

---Voy a ver como consigo que el león se encolerice y se arroje en este pozo.

CAPITULO LXV

LA LIEBRE Y EL LEON.

II

Al llegar ante el león se inclinó, saludándole.

Este, que ya estaba hambriento y enfurecido, dijo:

—¡Ah, villana liebre! ¿Sola vienes y tan pequeña, después de haber pasado la hora? Esta ofensa la vengaré yo mañana, matando a todas las bestias sin dejar una.

La liebre, entonces, le dijo humildemente:

—Señor, no es culpa mía ni tampoco de las bestias. Oye lo que ha pasado.

—Habla en seguida, replicó el león; pues ya estoy hambriento y cansado de esperar.

—Como hoy tocaba a las liebres el proporcionarte la comida, continuó la liebre, las bestias me enviaron a mí en compañía de otras cinco, para que tuvieras alimento suficiente. Pe-



ro, en medio del camino, salió un gran león de una caverna y, dirigiéndose a nosotras, nos dijo:

—¡Eh! ¿Adónde vais vosotras?

—Vamos a presencia de nuestro señor, el león, para que nos coma, según el pacto que con él hemos convenido, contestamos.

—Ese león de que me hablas no es más que un ladrón, puesto que este bosque es mío. Si él pretende ser el rey, dejadme aquí cuatro liebres en rehenes, y ve a decirle que se disponga a combatir conmigo a fin de decidir quien ha de quedar como dueño del bosque.

Tal es la causa de haber llegado tarde, agregó la liebre; ahora, dispón lo que creas conveniente.

El león, agitado por la narración de la liebre, dijo:

—Querida, si así es, enséñame pronto ese ladrón de león, para que yo descargue sobre él la cólera que tenía contra vosotras y pueda recobrar mi calma.

La liebre guió al león hasta la boca del pozo y, acercándose a su orilla, dijo:

—Acércate para que veas a tu rival.

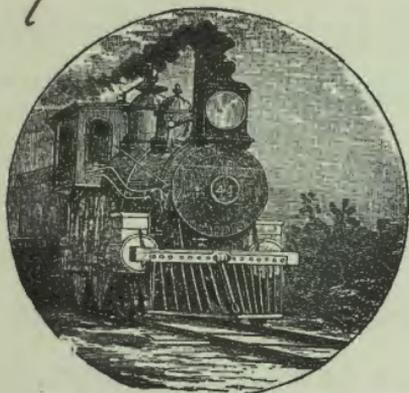
Se aproximó el león y, viendo su propia ima-

gen reflejada en el agua, dió un rugido, creyendo que estaba viendo a su provocador.

Rebotando en las paredes del pozo, el eco devolvió el rugido que llegó hasta el león, acabando de enfurecerlo.

Entonces, creyendo que se lanzaba sobre su enemigo, se arrojó al pozo, donde perdió la vida.

La liebre, llena de gozo, comunicó la noticia a las bestias, las que, desde aquel día, vivieron felices en el bosque.





CAPITULO LXVI

TRINOS.

Vuelve otra vez la primavera; hermosas
flores matizan los desiertos prados;
los bosques, al silencio abandonados,
se pueblan deavecillas amorosas.

Las blancas y pintadas mariposas
revuelan por los lirios perfumados,
y vuelven, con sus cielos estrellados,
esas noches de amores, misteriosas.

Todo cambia y, con mágica porfía,
se engalana la tierra de colores
al beso de la luz que centellea;

y al mirar tanta luz, tanta alegría,
me acuerdo de mi madre y de las flores
que brotan en los campos de mi aldea.

M. LOZANO CASADO.





CAPITULO LXVII

EL REYEZUELO Y EL OSO

(De Grim)

I

El lobo y el oso se paseaban un día por el bosque, cuando el lobo oyó cantar un pájaro.

—Hermano oso—le preguntó—¿quién es ese hermoso cantor?

—Èse es el rey de los pájaros—contestó—debemos saludarlo.

—En ese caso—dijo el lobo—el tal rey tendrá su correspondiente palacio. Me alegraría de verle.

—Eso no es tan fácil como piensas—replicó el oso—pues es preciso aguardar a que se halle en él la reina.

El lobo no podía dōminar su curiosidad. Se acercó al nido y lo miró.

—¡Bah!—dijo al ver en él cinco o seis polluelos. Si este es el palacio—exclamó—es bien triste. Y en cuanto a vosotros, pajarillos, sois unas criaturas despreciables.

Los pajarillos se incomodaron y empezaron a piar.

—¡No! ¡no! ¡no! ¡Nosotros somos nobles! ¡Pagarás cara esta injuria, ruín lobo!

El lobo se echó a reir al oír esta amenaza.

Los soberbios pajaritos dijeron a su padre así que llegó:

—¡El lobo nos ha insultado! ¡No comeremos nada hasta que lo hayas castigado!

—Bueno, hijos míos—dijo el pájaro—yo lo castigaré.

Marchó volando a la cueva del lobo y le gritó:

—Viejo lobo, ¿por qué has insultado a mis hijitos? Te aseguro que te pesará, porque te vamos a declarar la guerra.

Entonces, el lobo llamó en su auxilio al ejército de los cuadrúpedos, y el pajarillo convocó por su parte a todos los pájaros, y también a los insectos alados, moscas, cínifes, abejas y avispas.

Llegó el día de la batalla y el reyezuelo envió espías para saber quien era el jefe del ejército enemigo. El cínife voló al bosque donde estaban los cuadrúpedos y se ocultó bajo la hoja de un árbol, a cuyo pie estaba deliberando el Consejo.

El oso llamó al zorro y le dijo:

--Compadre, tu eres, sin duda, el más astuto de todos los animales: serás nuestro jefe.

---Con mucho gusto---contestó---pero es preciso convenir en una señal que os daré.

Tengo una cola larga y espesa como un penacho rojo. Mientras permanezca en alto, las cosas van bien y marchais adelante sin miedo, pero, en cuanto la baje al suelo, será la señal de que se salve el que pueda.

El cínife fué al punto a contárselo todo a su jefe.

M. Monti

CAPITULO LXVIII

EL REYEZUELO Y EL OSO

II

Al rayar la aurora, recorrían los cuadrúpedos el campo de batalla, galopando de tal manera, que la tierra temblaba bajo sus pies.

El rey de los pájaros apareció en los aires con su ejército que zumbaba, gritaba y volaba por todas partes de un modo que causaba vértigos.

Se atacaron con gran furor.

El reyezuelo envió a la avispa con la orden de colocarse bajo la cola del zorro y picarle con todas sus fuerzas.

El zorro dió un salto al primer aguijonazo, conservando, sin embargo, la cola en el aire; al segundo, la bajó un



instante y al tercero la apretó entre las piernas, dando agudos gritos y echando a correr.

Al ver esto, los cuadrúpedos comenzaron a huir, y así ganaron la batalla los pájaros.

Los reyes volaron en seguida a su nido, exclamando:

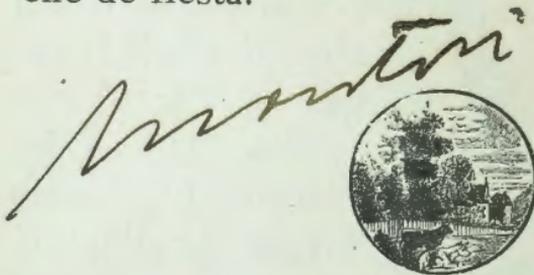
—Hemos vencido, hijos míos; bebed y comed alegremente.

—No—contestaron los polluelos—es necesario que venga el lobo a pedirnos perdón y a declarar que reconoce nuestra nobleza.

Voló el rey al agujero del lobo y le dijo:

—Viejo lobo, anda a pedir perdón a mis hijos y a decirles que reconoces su nobleza. ¡Ay de ti, si no lo haces!

Asustado el lobo con tal amenaza, se acercó arrastrando y pidió el perdón exigido. Entonces se sosegaron los pajarillos y pasaron la noche de fiesta.





ANTONIO. MACEO

CAPITULO LXIX

MACEO.

Fuego en la sangre y fuego en la mirada;
cuando se erguía en su corcel de guerra,
era, cual si brotara de la tierra,
de lumbre, una montaña coronada.

Indomable en sus bélicos empeños,
siempre de frente lo encontró el combate. ..
que un bravo paladín jamás se abate
cuando la libertad vela sus sueños.

Sus gallardas proezas inmortales
pueblan la mente de altos ideales
al recorrer el libro de la Historia....

Bolívar, al cruzar los rudos Andes,
lo hubiera preferido entre los grandes
héroes que lo siguieron a la Gloria.



CAPITULO LXX

HISTORIA DE UN PESCADOR

(De Las Mil y una Noches)

I

Érase un pobre pescador viejísimo y tan pobre, que apenas ganaba para mantener a su esposa y sus tres hijos.

Cierto día, después de haber echado sus redes inútilmente por dos veces, sintió gran placer al notar que, a la tercera, pesaba de tal modo la red, que a duras penas podía tirar de ella hasta la orilla.

Pero ¡cuál no sería su desencanto viendo que sólo había pescado cascajos, piedras y el esqueleto de un asno!

Echó las redes por cuarta vez y, cuando las hubo sacado a la playa, observó, con sorpresa, que contenían una copa de bronce cuidadosamente cerrada y con un sello.

—Bueno—se dijo—la venderá al fundidor y con su producto compraré una medida de trigo.

Tomó su cuchillo y tras no poco trabajo logró romper el sello y destapar la copa. La volvió boca abajo, pero no salió nada. Entonces se la acercó a los ojos y mientras miraba atentamente a su fondo, salió una columna de humo densísimo que se elevó hasta las nubes y, extendiéndose sobre el mar y las montañas, formó un negro nubarrón.

Cuando todo el humo salió de la copa, apareció un Genio cuya estatura era dos o tres veces mayor que la de un gigante.

Al ver aquel monstruo, el pescador, horrorizado, quiso huir, pero el miedo lo dejó como petrificado en la playa.

—¡Salomón! ¡Gran Profeta de Dios!—exclamó el Genio—perdóname, jamás me opondré a tu

voluntad y tus órdenes serán puntualmente obedecidas.

—¿Qué es lo que decís, espíritu soberbio?—replicó el pescador—hace más de mil ochocientos años que murió Salomón.

—Háblame con más cortesía o te arranco la existencia—repuso el Genio con tono de amenaza.

—Es decir, que me mataréis en pago de haberos puesto en libertad. ¡Pues vaya una recompensa! ¡Pronto lo habéis olvidado!

—Eso no se opone a que mueras en mis manos y, la única gracia que te concedo, es que elijas la clase de muerte que va a poner fin a tus días.

—¿Pero, en que he podido ofenderos?—preguntó el infeliz pescador, lleno de angustia.

—En nada; pero es forzoso que te trate así y, como prueba de ello, escucha mi historia:

“Yo soy uno de esos espíritus malignos que se han rebelado contra la voluntad de Dios. Todos los Genios, menos Sacar y yo, prestaron obediencia al gran profeta Salomón y, este rey, en venganza, me mandó aprisionar y conducir delante de su trono.

En castigo, me encerró dentro de esa copa de cobre, cerrada y sellada por el mismo monarca.

“Después, fui arrojado al mar en mi estrecha cárcel. Durante el primer siglo de prisión, juré hacer rico y feliz al hombre que me librase del tormento antes de transcurrir los cien años. Pero, nadie vino en mi auxilio. En el segundo siglo, juré dar a mi libertador todos los tesoros de la tierra, y nadie respondió. Al tercero, prometí convertir en rey al que me sacara de la copa y prolongar los días de su vida. Por último, desesperado, al cuarto siglo de cautiverio, juré matar al hombre que me devolviese la libertad y la luz del sol. Ese hombre has sido tú y, por consiguiente, prepárate a morir, y dime como quieres que te mate. Debo cumplir mi juramento.”

Montoni





CAPITULO LXXI

HISTORIA DE UN PESCADOR.

II

En vano le dijo el pescador que aquello era una injusticia, que iba a pagar el bien con un crimen y a dejar huérfanos a sus tres inocentes hijos; el Genio se mostró iracundo e inexorable. La necesidad aguza el ingenio y al pobre pescador se le ocurrió una ingeniosa estratagemá.

—Ya que no puedo evitar la muerte—dijo—me someto a la voluntad de Dios, pero antes de

morir quisiera que me dijeras la verdad acerca de una duda que tengo.

---Pregunta lo que quieras y despacha pronto, repuso el Genio.

---¿Es verdad que estabas dentro de esa copa?

---Sí, lo juro.

---Pues no puedo creerte, porque es imposible que se encierre tu cuerpo en un sitio tan pequeño, que apenas es capaz de contener una de tus manos. No lo creeré sino viéndolo.

---Pues, para que te convenzas, lo vas a ver ahora mismo.

Entonces se disolvió el cuerpo del Genio cambiado en humo, empezó a entrar en la copa poco a poco hasta que no quedó fuera ni una sola partícula.

---Y bien: ¿me creerás ahora, incrédulo pescador? exclamó la voz del Genio.

El pescador, en vez de responder, se apresuró a cerrar la copa con la tapadera. Al verse encerrado nuevamente el Genio, se enfureció y se esforzó por salir de la copa; pero fué en vano, porque se lo impedía el sello de Salomón que el pescador había vuelto a ajustar. Recurrió entonces a las súplicas y a los ofrecimientos, asegurando que, cuanto había dicho hasta

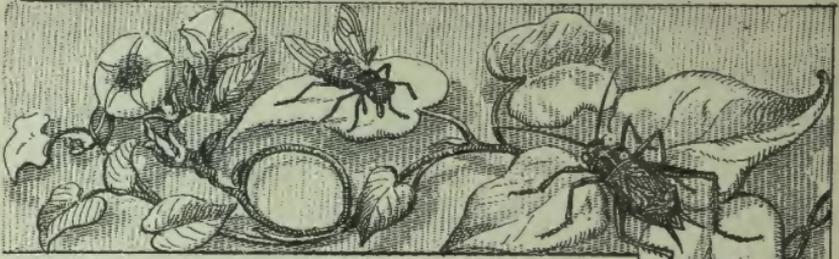
entonces, fué chanza; mas, el pescador, lejos de ablandarse, replicó:

---Me guardo muy mucho de dejarte salir, maldito Genio, que pagas con la muerte los beneficios que se te hacen.

Voy a arrojar la copa al mar y avisaré a todos mis compañeros que no vengán a echar sus redes en este sitio, y que si llegan a pescar la copa la vuelvan a tirar en seguida, si no quieren morir.

Acuña





CAPITULO LXXII

LA ABEJA Y EL GRILLO.

Cargada de rica miel
venía de la floresta,
fatigada y de prisa
una industriosa abeja,
y, al divisarla, un grillo,
que en holganza perpetua
consumía su vida,
así le habló:---“Detenga
su fugaz vuelo, escuche;
mire que le interesa.”
Detúvose, y le dijo:

---“Mi señorita abeja,
cuénteme lo que pasa
allá por la colmena.



Si tienen miel sabrosa,
si el polen escasea,
si hay paz inalterable
entre sus compañeras,
lo que creo difícil,
hablando con franqueza.

---“Dígame, señor Grillo,
contestó al punto ella,
¿todo lo que pregunta
le tiene alguna cuenta?
¿Qué adelanta el ocioso
con que en la casa nuestra
haya miel o no haya,
tengamos paz o guerra?
Ese tiempo que gasta
en charla sempiterna
inviértalo, prudente,
en útiles tareas;
y no en andar metiéndose
en las vidas ajenas,
defecto vergonzoso
que el buen juicio reprueba.”
Dijo, y siguió volando

en pos de su colmena,
y quedó el señor Grillo
cubierto de vergüenza.

*Las más nobles virtudes
el trabajo cimenta,
y abominables vicios
la ociosidad engendra.*

F. JAVIER BALMASEDA.

Montón





CAPITULO LXXIII

JUEGO DE NIÑAS

Las niñas se cogen de la mano formando corro. La que hace de niña primera se queda en el centro y, una vez terminada toda la canción, entra a formar en el corro, saliendo otra niña a ocupar su puesto. Así se sigue hasta que todas hayan hecho el papel de niña primera.

En esta canción ha de hacerse cuanto en el diálogo se indica.

Niña.--Amigas, buenas tardes,
me voy a retirar.

Coro.--Espérate un poquito,
que vamos a jugar.

Niña.--Por hoy no me es posible.

Coro.--Pues ¿qué tienes que hacer?

Niña.--Lo que mi buena madre
se sirva disponer.
Me ha dicho que sin falta
en casa esté a las seis.

Coro.--La causa dinos, niña,
si tú sabes cuál es.

Niña.--No quise averiguarlo,
que sólo es mi deber
a mi querida madre
al punto obedecer.

Coro.--Razón tienes de sobra,
niña, y sin vacilar,
de veras aplaudimos
tu modo de pensar.
A casa vete luego,
cual es tu obligación.
Adiós, amiga amada,
de nuestro corazón.

Niña.--Un beso quiero daros.

Coro.--Nosotras a ti dos.

Niña.--Amigas de mi alma,
adiós.

Coro.--Adiós, adiós.

Ahora cada niña da un beso a su compañera.
Después dan dos o tres vueltas dando palmadas.

Amantón





CAPITULO LXXIV

OTRO JUEGO DE NIÑAS

Como está lloviendo, las niñas no pueden salir y se quedan en su casa jugando al Alimón. Para esto se separan en dos filas. Una fila se coge de la mano. Enfrente se colocan otras dos niñas, llevando una el nombre de jazmín y la otra el de rosa.

Según canta cada grupo, va avanzando y retrocediendo delante del contrario.

Las dos niñas:

Al alimón, al alimón,
que se ha roto la fuente.

La fila:

Al alimón, al alimón,
mandadla a componer.

Las dos:

Al alimón, al alimón,
no tenemos dinero.

La fila:

Al alimón, al alimón,
nosotras lo tenemos.

Las dos:

Al alimón, al alimón,
de qué es ese dinero.

La fila:

Al alimón, al alimón,
de cascara de huevo.

Las dos:

Al alimón, al alimón,
pasen los caballeros.

La fila:

Al alimón, al alimón,
nosotras pasaremos.

Entonces las dos niñas se dan las manos, con las cuales forman un arco, bajo el cual pasan las de la fila. La última es aprisionada por las dos niñas. Estas la preguntan:

¿Con quién quieres ir,
con rosa o con jazmin?

Según lo que contesta la interpelada, va a colocarse detrás de una de las dos niñas. Las demás vuelven a pasar, y la última se queda igualmente, yendo a formar detrás de la flor que ha escogido. Cuando todas las niñas están colocadas con sus flores respectivas, se agarran por la cintura. Las dos flores se dan las manos, y entonces tratan una y otra de arrastrar hacia sí al bando contrario. Gana el que lo consigue.

Mantón





CAPITULO LXXV

24 DE FEBRERO

Yo te venero, fecha gloriosa,
y te saludo con emoción,
porque iniciaste la lucha honrosa
que a Cuba diera su redención.

También recuerdo con alegría
a los patriotas de corazón,
que, sin temores, en este día,
el grito dieron de rebelión.

Grito que en Baire sonó potente.
y en toda Cuba repercutió,
porque este Pueblo noble y valiente,
a su llamada, presto acudió.

Guayo, con su carácter suave y generoso, concluyó la guerra, y se dedicó a promover la siembra del maíz y de la yuca, estableciendo pueblecitos a orillas del río Baconao y entre las playas de la hermosa bahía de Guantánamo.

Pronto se vieron por todas partes bohíos y caneyes; y, alrededor de los limpios bateyes, levantaron los nitaínos o indios principales sus altos y espaciosos bajareques. La prosperidad general de Bayaquitirí ganó una gran reputación a su cacique, el cual se hizo amar de cuantos le trataban por la largueza con que ejercía la hospitalidad. Su cansí, colocado a orillas del río Guantánamo, estaba abierto a todas horas para recibir amigos y enemigos.

En él estaba una tarde Guayo, tendido en su hamaca, mitigando el calor con el jugo de sabrosas frutas que, por que se conservaran frescas, colgaban del techo en jícaras pintadas con el cairel y la yaquilla. A poca distancia de la hamaca estaba la mujer de Guayo sentada en un tosco asiento, cuya figura imitaba un perro; y se entretenía en ensartar lindos caracoles en un cordón de pintada dagailla.

En los alrededores del cansí se veía a los naborías ocupados, quien en afilar chinas para las

hachas, quien en escoger espinas de pescado, para las flechas, quien, en fin, en preparar el casabe y el tabaco.

Los muchachos, recibiendo de cuando en cuando algún regaño o cosa más fuerte, corrían de aquí para allá persiguiendo alguna incauta jutía o disparando güines al solibio cantador. Más retiradas entre los árboles, pero no menos bulliciosas, las muchachas se divertían en hacer collares y brazaletes de peonías.

Las faenas y los juegos fueron de repente interrumpidos por un rumor confuso; y, antes que se supiese la causa, atravesó un indio el batéy, corriendo, y entró en el cansí de Guayo.

—“Desde que el sol salió he corrido por traerte la noticia (dijo el indio jadeante): los caribes están en la playa. Mayabí los manda: los caneyes están desiertos; tus hijos están muertos en el Baconao”.

Guayo se echó de la hamaca al oír estas palabras. Todo se volvió confusión y espanto; pues los guerreros que se habían presentado en la costa eran terribles; a su cabeza estaba el arrojado Mayabí. La patria de éste era Jamaica; pero se había criado en la tierra llamada Carib, que es hoy la parte occidental de Puerto Rico.



CAPITULO LXXVII

GUAYO.

II

Los guerreros de Bayaquitirí, sin embargo, se dispusieron a la pelea. Un behique, encanecido por los años, sacerdote y médico al mismo tiempo, los animaba; y, como señal de guerra, tiró un hacha al suelo.

---Fiados en su arrojo, les decía, los hijos de Carib nos atacan; pero, Abal que nos manda el bien, va con nosotros; y volveremos a celebrar la victoria con los areytos de paz.

Los deseos del behique se cumplieron. Los

caribes habían llegado a la boca del Baconao; y después de quemar los caneyes, saquear los bajareques y matar los habitantes, se volvieron a sus canoas y, a fuerza de remo, llegaron a la bahía de Guantánamo

Allí la fortuna se declaró a favor de Guayo; mientras las canoas de Mayabí se dirigían a un pueblecito situado al fondo de la bahía, se levantaron fuertes ráfagas de viento que las hicieron zozobrar.

Algunos de los caribes se salvaron a nado; pero la mayor parte perecieron ahogados o por los dientes de los tiburones.

Guayo y su gente, después de recorrer el Baconao, pasaron también a Guantánamo y allí supieron el desastre ocurrido a los caribes. Guayo al punto dió orden para perseguir a los que se hubiesen salvado; y él mismo, con este objeto, se entró en unas grutas que había entre los peñascales de la orilla.

Luego que anduvo un trecho largo, llegó Guayo a una cañada donde vió a un hombre tendido entre las raíces de un robusto jagüey, descarnadas por las aguas. Su cuerpo estaba pintado de amarillo y negro, y algunas plumas medio rotas adornaban todavía su cabeza, de



CAPITULO LXXVII

GUAYO.

II

Los guerreros de Bayaquitirí, sin embargo, se dispusieron a la pelea. Un behique, encanecido por los años, sacerdote y médico al mismo tiempo, los animaba; y, como señal de guerra, tiró un hacha al suelo.

---Fiados en su arrojo, les decía, los hijos de Carib nos atacan; pero, Abal que nos manda el bien, va con nosotros; y volveremos a celebrar la victoria con los areytos de paz.

Los deseos del behique se cumplieron. Los

caribes habían llegado a la boca del Baconao; y después de quemar los caneyes, saquear los bajareques y matar los habitantes, se volvieron a sus canoas y, a fuerza de remo, llegaron a la bahía de Guantánamo

Allí la fortuna se declaró a favor de Guayo; mientras las canoas de Mayabí se dirigían a un pueblecito situado al fondo de la bahía, se levantaron fuertes ráfagas de viento que las hicieron zozobrar.

Algunos de los caribes se salvaron a nado; pero la mayor parte perecieron ahogados o por los dientes de los tiburones.

Guayo y su gente, después de recorrer el Baconao, pasaron también a Guantánamo y allí supieron el desastre ocurrido a los caribes. Guayo al punto dió orden para perseguir a los que se hubiesen salvado; y él mismo, con este objeto, se entró en unas grutas que había entre los peñascales de la orilla.

Luego que anduvo un trecho largo, llegó Guayo a una cañada donde vió a un hombre tendido entre las raíces de un robusto jagüey, descarnadas por las aguas. Su cuerpo estaba pintado de amarillo y negro, y algunas plumas medio rotas adornaban todavía su cabeza, de

donde, por una ancha herida, salía sangre en abundancia.

Al sentir los pasos de Guayo, el indio herido hizo un esfuerzo por levantarse y volvió a caer diciendo:

—¿Vienes a quitarme lo poco que me queda de vida? Acaba, yo soy Mayabí.

Guayo levantó el hacha, pero, dejándola caer nuevamente, se acercó a Mayabí, y le dijo:

—El espíritu de Abal ha estado por mi pueblo, Mayabí. Mi hacha no te tocará; ¡vuelve a la tierra donde naciste y no mires más las lomas de Carib!

En seguida, cogió unas yerbas que por allí había y curó la herida del salvaje, a quien dejó solo y nunca más volvió a saber de él.

La vuelta de Guayo a su cansí fué celebrada con grandes fiestas. Hubo danzas y juegos de batos; y cantaron areitos en que se ensalzó el valor y la generosidad de Guayo. Este convidó a sus guerreros a un gran festín en que se sirvieron las jutías e iguanas más exquisitas, sabrosos bonasíes y ricas frutas; y más de un indio, al acabarse el día, fué rodando hasta su bajareque, embriagado con el vino de maíz y el humo del tabaco

EUSEBIO GUITERAS.

Montón



CAPITULO LXXVIII

LOS DOS PRINCIPES.

I

El palacio está de luto
y en el trono llora el rey,
y la reina está llorando
donde no la puedan ver.

En pañuelos de olán fino
lloran la reina y el rey;
los señores de palacio,
están llorando también.

Los caballos llevan negro
el penacho y el arnés:

los caballos no han comido,
porque no quieren comer.

El laurel del patio grande
quedó sin hoja esta vez:
todo el mundo fué al entierro
con coronas de laurel.

—¡El hijo del rey se ha muerto!
¡Se le ha muerto el hijo al rey!

II

En los álamos del monte
tiene su casa el pastor;
la pastora está diciendo:
“¿Por qué tiene luz el sol?”

Las ovejas cabizbajas
vienen todas al portón:
¡una caja larga y honda
está forrando el pastor!

Entra y sale un perro triste.
Canta allá dentro una voz:
“¡Pajarito, yo estoy loca,
llevadme donde él voló!”

El pastor coge llorando
la pala y el azadón:
abre en la tierra una fosa;
echa en la fosa una flor.
¡Se quedó el pastor sin hijo!
¡Murió el hijo del pastor!

JOSÉ MARTÍ,



CAPITULO LXXIX

EL MAMBISITO ERA LA LEY.

I

En el abrupto Oriente. Empezaba el año 1879, de prueba para la revolución. El conde de Valmaseda, impacientísimo por alcanzar el gobierno general, no daba descanso a sus tropas en la persecución de los rebeldes. Multitud de columnas batían el terreno y cada prisionero representaba un fusilado. Ni había perdón, ni nadie soñaba en pedirlo. Sería tiempo perdido. Pero es bueno hacer constar que

si el conde Valmaseda demostraba un hermoso entusiasmo para exterminar cubanos, éstos, cuando caían, lo avergonzaban con su hermosa manera de morir y la víctima quedaba muy por encima del verdugo.

Una columna del conde, que había pasado el Cauto en aquellos días, barrió un campamento cubano, atacado por sorpresa, en el cual sucumbieron los heridos y enfermos, según costumbre. Los hombres útiles, que pudieron huir, se habían internado, llevándose por delante los seres indefensos que habían podido arrancar al vencedor. Retirábase ya la columna del destruído campamento, cuando uno de los guías tropezó con un muchacho de unos diez años, de ojos vivos e inteligentes y vestido con unos destrozados calzones, que sólo a medias cubrían su desnudez. Estaba agazapado tras unos matojos, donde había caído, al tropezar con un tronco atravesado en su camino.

— ¡Vamos!... ¿Quién eres tú? ¿Cómo te llamas?—preguntóle un soldado llevándolo sujeto por la cintura de los pantalones ante el oficial de su compañía.

El muchacho sonrió ligeramente, pero no contestó una palabra.

—Oye.... ¿eres mudo, acaso? ¿De dónde vienes? ¿Dónde están tus padres?

---Mi padre ha muerto---dijo el muchacho con aire de tristeza---yo soy del ejército liberador.

Una carcajada general acogió aquella cómica declaración. Hasta el jefe de la columna se había acercado al grupo para enterarse del incidente.

---Es un prisionero de guerra, mi coronel---dijo saludando el oficial que llevaba por delante al muchacho en su caballo.---Dice que pertenece al ejército libertador.

---¿Es verdad eso?---preguntó el coronel. ¿Eres tú de los mambises?

---Si señor.... y cuando sea más grande, me darán un rifle....

---Lo que tú necesitas ahora no es un rifle sino un pan, porque tienes cara de no haber comido en tres días.

El pequeño, al oír decir pan, abrió los ojos y miró a todos lados con asombro. ¿Pero, es que no lo iban a fusilar, sino a darle de comer?

---Ea---dijo el jefe de la columna---venga un pan, para darle a este terrible guerrero.

El muchacho iba, según dijimos, sentado en-

tre la fuerza. Rodeábanlo varios oficiales cuya curiosidad había excitado aquel chiquillo, sobrado inteligente para comprender que había caído en gracia del enemigo.

---Tú, claro, habrás estado en muchos combates---preguntó uno.

---Y darías machete.... ¿no es así?

---No, recogía cartuchos....

En esto llegó el soldado con el pan de munición. Era éste de los elaborados por la Administración Militar; tendría media libra de peso; brillante como un bizcocho, con unas estrías a lo largo que le daban el aspecto de un dulce. El chico miró el pan con ojos de codicia. ¿Sería verdad que era para él aquel regalo?

---Vamos.... ¿qué te parece este pan? ¿Te gusta?

Montori



CAPITULO LXXX

EL MAMBISITO ERA LA LEY.

II

El pequeño prisionero, con la ingenuidad de la infancia, sonrió con satisfacción. Pues, claro que le gustaba. Ya lo estaba saboreando con el pensamiento.

---Pues el pan es tuyo; pero con una condición: que has de gritar con todas tus fuerzas para que lo oiga toda la columna: ¡Viva España!

El mambisito se rascó la cabeza, miró en derredor, después miró el pan y se quedó silencioso.

---¡Ah.... ¿es que no quieres gritar ¡viva España!, manigüero?

El muchacho permaneció callado.

En su interior, sólo Dios sabe el proceso que se desarrollaba.

---Vaya---dijo el coronel---voy a decidirte.

Arrancó un pedazo del pan de munición, como para prueba, y se lo dió.

---Come.... y dime si no vale la pena de gritar ¡viva España!

El chiquillo había devorado el mendrugo en un decir Jesús.

---¿Qué tal?... ¿Es superior?

Vaya, si era bueno: en menos de un credo se comería él todo el que tenía en la mano el capitán.

---Vamos chico,---dijo éste, ¿gritas o no? mira que el pan se está poniendo añejo.

Por fin el muchacho levantó la cabeza y mirando a todos, dijo:

---Bueno, voy a gritar.

Una carcajada general ahogó sus palabras.

---No hay como un buen apetito para borrar escrúpulos---exclamó el jefe. Y ahora, venga ese viva... claro y, sobre todo, fuerte, que se oiga...

El mambisito se enderezó sobre el aparejo, y, al propio tiempo que se lanzaba al aire como una pelota, insultó los oídos de la tropa española con un claro y estentóreo grito de *¡Viva Cuba Libre!*

---¡Tírenle!---gritó el capitán....

¡Fuego!

Silbaban las balas en torno del pequeño patriota; pero este había medido bien el tiempo y calculado aún mejor el punto para coger monte.

—Echenle ahora un galgo—dijo el capitán, pálido de rabia. Es una verdadera rata de manigua.

El jefe de la columna se separó diciendo:

—El mambisito era de ley.

ALVARO DE LA IGLESIA.





Máximo Gómez.

CAPITULO LXXXI

MAXIMO GOMEZ.

Era como de bronce, por lo firme y lo recio; cual vellones de nieve los mostachos tenía, y su barba prognática, en expresión bravía, era como un eterno ademán de desprecio.

Así cruzó por medio de la española gente, desafiador el gesto, la mirada en la cumbre, y así llegó, esparciendo libertadora lumbre, como un sol de justicia, de oriente hasta occi-
(dente.

Y cuando detenía sus pasos la victoria para que redactara páginas de la historia con su vibrante espada y su inquieto heroísmo, en su bridón se erguía con soberbia apostura, y destacaba entonces su broncea figura cual si se levantara una estatua a sí mismo.

FÉLIX CALLEJAS.



CAPITULO LXXXII

DOS EXPLORADORS.

I

El jefe de las fuerzas cubanas que operaban en territorio de San Juan de los Remedios, en 1875, destacó una pareja de exploradores de a caballo para que observasen una columna enemiga que se movía en los confines de la vastísima llanura de Placetas, sembrada de peralejos, júcaros, aromas cubiertas de copos de hilos de oro, palmas canas y florones de espartillo, y atravesada en todas direcciones por

cauces secos, profundos y tortuosos, canales de las arroyadas de primavera.

El suelo, quebrado y pedregoso además, impedía echar al galope las caballerías, por lo cual los dos jinetes, cada vez que el sendero se esfumaba entre la hierba, marchaban cautelosamente, temiendo que la profusa vegetación disimulase el barranco, la grieta o el peñasco. Unas veces al galope, otras al paso, fueron atravesando la gran estepa en zig-zag, guiados por el instinto maravilloso desarrollado en el oficio, instinto topográfico que rivalizaba con el del indio de las praderas del oeste americano, oficio en el que han educado el ojo para sondear la espesura, descifrar los geroglíficos que estampa el pie del hombre o el casco de las bestias en su paso por el prado, para medir distancias, reconocer un punto cualquiera en el yermo y contar una piara o una legión de un golpe de vista; el oído para clasificar los ruidos lejanos y distinguir todos los rumores y armonías de la naturaleza.

Casi al término de la gran sabana, distinguieron la vanguardia de la columna enemiga y, ya porque quisiesen desempeñar aquella vez su comisión llevando al jefe todos los pormenores

que exigiese su curiosidad, o porque los espolease la audacia y el espíritu aventurero habitual en ellos, y en aquella ocasión estimulado por el relieve del terreno, inadecuado para una persecución; ello fué que siguieron avanzando hasta el punto de distinguir los semblantes de los que venían en las primeras líneas. A esta distancia, se echaron los rifles a la cara, rompieron el fuego y volvieron grupas simulando una escapada. La vanguardia contestó el fuego, pero no dió señales de correr tras de los fugitivos. Estos se detienen de repente, esperan que la vanguardia, en su impávido y lento avance, acertara la distancia, repiten los disparos y se alejan haciendo caracolear sus corceles. La vanguardia correspondió con un chorro de balas sin perder su orden y acompasado andar. Los exploradores lanzan los caballos al galope de cara a la columna, se aproximan más aún que las veces anteriores, disparan a una, vuelven bridas rápidamente y las balas de la vanguardia van a clavarse en los troncos de unos palmares achaparrados en los que se apostan los dos jinetes. Ya el enemigo, desdeñando toda precaución, resuelve castigar la osadía de los exploradores. Al grito de: ¡A ellos!—destácase de la van-

guardia un puñado de jinetes, sueltas las riendas, sable en mano, que cargan a fondo con gran estrépito y vocerío. Los exploradores vuelven al llano, hacen morder el polvo al más avanzado de los agresores, clavan los acicates a sus raudos brutos y parten por el llano como exhalaciones.

Acicateri





CAPITULO LXXXIII

DOS EXPLORADORS

II

Aquel de los fugitivos que llevaba en todo la iniciativa, un tipo castizo, alto, membrudo, de poroso cutis color de corteza de naranja seca, cubierto de espesa barba negra rojiza, como escoria de hierro, notando que la espuela no hacía mella a su picador y que se iba quedando a la zaga en tanto que el enemigo ganaba terreno por momentos, dijo a su compañero:

—Mi caballo está abierto de patas.

—Móntate atrás, repuso el otro.

—No, moriríamos y peligraría el campamento. ¡Huye tú y avisa!

—Pero....

—Que huyas, te digo. Me defenderé con el machete.

El caballo temblaba, dió un balumbo y cayó al suelo convulso y cubierto de espuma. El otro jinete, que se había detenido un instante, vacilaba todavía, cuando el caído le gritó:

—¡Cumpla usted con su deber!

—¡Adiós!— murmuró el jinete con voz sorda, y desapareció en el vastísimo llano.

El caído, arrepentido por no haber entregado el rifle a su compañero, inútil por haber consumido todo su parque, lo asió por el cañón con ambas manos, y alzándolo sobre su cabeza, lo descargó contra un peñasco hasta hacerlo pedazos. Desnudó su acero, remató el caballo de una estocada, amacheteó la silla para que nada pudiesen utilizar sus presuntos victimarios, cuyos caballos, hundidos hasta el pecho entre la hierba asomaban por el sendero que él había seguido, y al verlos, blandiendo el machete, serenamente fiero, chispeante la mirada, erguido junto al caballo, los fragmentos de su rifle y montura, les gritó:

—¡No me rindo! ¡Vengan al machete!

Como no pudieron hacerle prisionero, respondieron a su arrogante reto con una descarga que lo derribó de espaldas, destrozado el cráneo.



CAPITULO LXXXIV

LA NOCHE.

¡Qué hermosa está la noche!
¡Qué puras las estrellas
Brillando solitarias
Sobre la azul esfera!

La luna melancólica
Por cima de la ceiba
Derrama sus fulgores
En la cubana tierra.

El alto cocotero,
La flexible palmera,
Sus pencas de esmeralda
Al aire balancean.

La noche se adelanta,
Los céfiros se impregnan
De aromas misteriosos
Que salen de la selva.

Después, pasa la noche
Las sombras huyen lentas
Porque viene la aurora
Disipando las nieblas.

El sol esplendoroso
Se extiende por la sierra,
Las flores se entreabren
Los pájaros despiertan.

FRANCISCA GONZÁLEZ Y RUZ.





CAPITULO LXXXV

HISTORIA DE CODADAC Y SUS HERMANOS.

I

Los que han escrito la historia del reino de Diabekir, refieren que, en la ciudad de Haran, vivía, en tiempos remotos, un excelente rey, sabio, poderoso y muy amado de sus vasallos. El monarca tenía la pena de verse sin heredero, y día y noche rogaba al Cielo que le diese un hijo, porque en esto consistía el colmo de su ventura. Apareciósele una noche, en sueños,

un anciano de aspecto venerable, el cual le dijo que la Reina tendría seis hijos y que, por consiguiente, se verían cumplidos sus deseos. Despertóse el soberano muy gozoso y satisfecho; al poco tiempo, fué padre de cinco hijos varones. El Rey, que esperaba seis, mostró gran enojo y envió a la Reina, sin querer verla, a los dominios de su primo, el príncipe Samer. Cuando la Reina, llamada Pirouze, llegó a aquel país, es decir a los pocos días, fué madre de otro niño hermoso como un sol, a quien, por orden de su padre se le puso por nombre Codadac, debiendo educarse, hasta que el Rey dispusiese otra cosa, en el reino de Samaria.

Este buen príncipe se esmeró con su sobrino, de tal modo, que el joven, a los diez y ocho años, era un portento en los ejercicios guerreros.

—Madre mía—dijo un día Codadac—me cansa permanecer aquí ocioso; tengo ambición de gloria y quisiera que me dejaras ir a ganarla a los campos de batalla. El Rey, mi padre, tiene muchos enemigos, y yo estoy mano sobre mano, cuando mis hermanos combaten al lado suyo; esto es insoportable y vergonzoso.

—Hijo mío—le respondió Pirouze—nadie de

sea como yo verte sobresalir; pero es preciso aguardar a que lo mande tu padre.

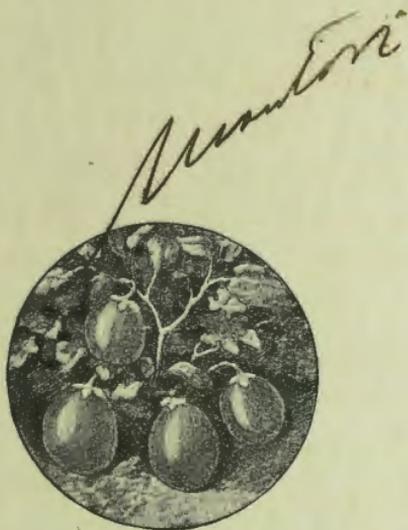
—Pues deseo distinguirme al momento y merecer el aprecio de mi padre antes de que me conozca.

Aprobó Pirouze tan notable determinación; y el joven salió de Samaria sin decir nada al Príncipe su tío, con pretexto de ir a una partida de caza.

Montaba caballo blanco con bridas y bocado de oro, y gualdrapa de raso azul salpicada de perlas. El puño del sable era un solo diamante, vaina de sándalo incrustada de esmeraldas y rubíes, y con tan lujosos atavíos, pero sin darse a conocer, se presentó al Rey, quien, prendado de su gallarda presencia, lo colocó al punto en el ejército. No tardó Codadac en distinguirse por su valor y sus proezas y, al poco tiempo, no sólo fué favorito del Rey, sino ayo de sus propios hermanos. Enfurecidos éstos al verse bajo la tutela de un advenedizo extranjero, como le llamaban, imaginaron el ardid de salir de la ciudad con pretexto de una partida de caza y permanecer ocultos en alguna aldea, a fin de que, alarmado el Rey con tan larga ausencia, mandase matar a Codadac por haber

dado permiso a los jóvenes para alejarse de palacio.

Así lo verificaron; Codadac cayó en el lazo, y el Rey, inquieto a los tres días por la tardanza de los príncipes, ordenó a Codadac que los buscara por todas partes, porque de no encontrarlos, pagaría con su cabeza la imprudencia cometida.





CAPITULO LXXXVI

HISTORIA DE CODADAC Y SUS HERMANOS.

II

Codadac salió desconsolado en busca de sus hermanos sin que en pueblo alguno le diesen noticias de los principes. Al cabo de muchos días de inútiles pesquisas, llegó a una gran llanura donde había un palacio de mármol negro, y asomada a la ventana una joven de extraordinaria belleza, pero rasgadas sus vestiduras y pintado el dolor en su semblante.

—¡Oh!—exclamó al ver a Codadac—aléjate de este funesto palacio si no quieres ser víctima del monstruo que lo habita. Es un negro hambriento de carne humana, que detiene, como hizo conmigo ayer, a los viajeros que encuentra, encerrándoles en oscuras mazmorras de donde no los saca sino para devorarlos.

Apenas hubo la gente pronunciado estas palabras, apareció el negro. Era horrible, de gi-

gantesca estatura, montaba un fogoso tártaro e iba armado de una enorme cimitarra. El príncipe Codadac, sin intimidarse al aspecto del monstruo, desenvainó el alfanje y le esperó a pie firme; el negro le intimó con desprecio que se rindiera, pero Codadac se adelantó é hirióle la rodilla en señal de desafío. El negro dió un grito horroroso y, echando espumarajos de rabia por la boca, se lanzó hacia el joven para aniquilarlo con su cimitarra. Iba el golpe descargado con bastante violencia, pero Codadac pudo evitarlo y tiró a su enemigo tan tremenda cuchillada que le cortó el brazo derecho de un solo tajo. Cayó a tierra el negro y, el Príncipe, ligero como una flecha, se arrojó sobre él y le separó instantáneamente la cabeza del tronco, registrándole los bolsillos para apoderarse de las llaves de los calabozos.

La joven, que había presenciado el formidable combate, se postró a los pies de Codadac en señal de entusiasmo y gratitud. Luego que el Príncipe entró en el palacio ambos se dirigieron, sin pérdida de tiempo, a los calabozos para dar libertad a los infelices prisioneros. Estos, al oír el ruido de las llaves, creyeron que se acercaba el negro y prorrumpieron en lamen-

tos desgarradores; así es que al convencerse de la realidad, y libre ya, en el patio del edificio, dieron gracias al Cielo y al valiente guerrero que los había salvado de la muerte.

¡Cuál no fué el asombro de Codadac al ver a sus hermanos entre los prisioneros! Los príncipes no hallaban palabras bastantes expresivas para manifestar a Codadac su reconocimiento; abrazáronse mutuamente, visitaron el palacio, que contenía inmensas riquezas, recogió cada cual las que le pertenecían, y partieron todos de aquel lugar funesto.

Cuando llegaron a presencia del Rey, Codadac se dió a conocer como hijo suyo; el Rey recompensó su valeroso comportamiento reconociéndole como el heredero de su trono.

Montoni





CAPITULO LXXXVII

LOS REYES MAGOS.

Vienen los áureos reyes, sueña el niño impa-
[ciento,
y escucha un largo beso maternal en su frente.

Evangélicamente, evoca los tesoros
y vibra la armonía de cánticos sonoros....

Vienen los áureos reyes, cual las hadas aquellas
de los cuentos ingenuos, por senderos de estrellas,
bajo el manto del cielo y el penacho de una
aurora iluminada por un rayo de luna....

El niño:—Si vendrán aprisa,
si vendrán despacio;
si un soplo de brisa
destruye el palacio....

Si serán de rosas,
si serán de palos
las santas carrozas
que traen los regalos.....

Si una bruja pasa
y les hace estragos....
¡Si sabrán la casa
los tres reyes magos!

Vienen los áureos reyes, dice el niño rendido;
y el buen ángel custodio lo contempla dormido.

Y están graciosamente, sobre los almohadones,
sus zapaticos blancos como las ilusiones....

Junto a un altar, las rosas rezan sus oraciones
y el regazo está ungido de francas bendiciones.

¡Oh, la paz, el amor y el profundo cariño
con que adora a los reyes la inocencia de un niño!



CAPITULO LXXXVIII

LA VIUDA Y SUS DOS HIJAS.

I

Había una buena mujer que era viuda y tenía dos hijas, ambas muy amables. Llamábase la primera Blanca y la segunda Rubia. Les había dado estos nombres porque la mayor tenía la más preciosa tez del mundo, y la otra los labios y las mejillas encendidos como un coral. Estando esta buena mujer hilando un día delante de su puerta, vió venir a una pobre vieja que por la torpeza de sus pies, andaba sostenida de un palo.

—Muy fatigada llegáis —le dijo: sentaos un poco y descansaréis.

Mandó al mismo tiempo a las hijas que diesen a la vieja una silla; y, aunque ambas se levantaron a un tiempo a este fin, la rubia anduvo más ligera que su hermana y trajo la silla.

—¿Queréis beber un traguito?—dijo la buena mujer a la vieja.

Esta respondió:—De buena gana, y aún me parece que comería con gusto algún bocado si pudierais darme alguna cosa.

—Le daré a usted cuanto tengo, repuso la buena mujer; mas, como soy pobre, no será mucho.

Al propio tiempo mandó a sus hijas que sirviesen a la viejecita, sentándose ésta a la mesa; fué la mayor de orden de su madre a coger algunas ciruelas de un árbol que ella había plantado por su misma mano, y por esta causa lo estimaba con exceso. Blanca no obedeció muy gustosa la indicacion de su madre y, murmurando interiormente, decía:

—¿Acaso ha sido para esta vieja golosa para quien yo he cuidado tanto mi arbolito? Sin em-

bargo, se vió precisada a darle algunas ciruelas, aunque de malísima gana.

—Tú, Rubia—dijo la madre a la segunda de sus hijas—como tus uvas no están maduras, no tienes fruta alguna que dar a esta buena señora.

—Así es—dijo ella—pero ya oigo cantar a mi gallina que acaba de poner un huevo, si esta señora gusta de comérselo fresquecito, yo se lo ofrezco de buena voluntad.

Sin esperar la respuesta de la anciana corrió a buscar el huevo; pero, al mismo tiempo que se lo presentaba, desapareció la mujer, quedando en su lugar una hermosa dama, que hablando con la madre, dijo:

—Voy a recompensar a sus hijas según su mérito. La mayor será una reina poderosa y la segunda una labradora. Tocó entonces el suelo con un bastón y se hallaron en una linda casería.

—Ved ahí vuestra parte—dijo a la Rubia: yo sé que os doy a cada una lo que más apeteciais.

Montoni

CAPITULO LXXXIX

LA VIUDA Y SUS DOS HIJAS.

II

Retiróse la encantadora dichas estas palabras, dejando atónitas a la madre y a las hijas. Entraron éstas en la casería, y se maravillaron de la limpieza de los muebles. Eran todas las sillas



de madera; pero, tan aseadas, que se veían en ellas como en un espejo. Las camas eran de lienzo blanco como la nieve. Había en los establos veinte carneros y otras tantas ovejas, cuatro bueyes y cuatro vacas; y, en el corral, toda clase de animales, como gallinas, ánades pichones y otros.

Había un bello jardín poblado de flores y frutos.

Blanca miraba sin celo el don que a su her-

mana le había tocado, y estaba sólo preocupada del placer que le causaba el contemplarse reina. Oyó, a este tiempo, el ruido que hacían unos cazadores que pasaban y, habiendo salido a la puerta para verlos, pareció tan hermosa a los ojos del rey (que era uno de ellos), que resolvió tomarla por esposa.

Viéndose, Blanca, reina, dijo a su hermana:

—Ya no quiero que seas labradora: ven conmigo y te casaré con un gran señor.

—Hermana mía, quedo muy agradecida de tus favores, pero, como estoy acostumbrada al campo, prefiero quedarme en él.

Marchó, pues, la reina Blanca, la cual, de contento, pasó sin dormir muchas noches.

Los primeros meses estaba tan embobecida con sus preciosos vestidos, con los bailes y las comidas, que no pensaba en otra cosa. En poco tiempo se habituó a todo esto, de tal modo, que ya nada le divertía.

Por otra parte, tuvo que sufrir grandes pesares. Todas las damas de la corte le hacían grandes obsequios cuando se hallaban en su presencia, pero ella sabía bien que la estimaban en poco, y que decían:

—Miren la labradorzuela cómo hace de se-

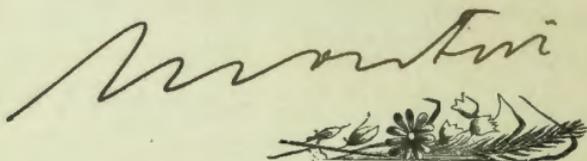
ñora: por cierto que ha tenido el rey un bello gusto en haber elegido tal mujer.

Estos discursos dieron causa a que el rey, haciendo sus reflexiones, pensase que había cometido un desacierto en casarse con Blanca; y como ya se había disminuído el amor que la tenía, no hacía caso de ella y apenas le hablaba.

Luego que se notó el desamor del rey a su mujer, dejaron de tratarla como tal: su desgracia era tanta que no tenía una amiga fiel a quien comunicar sus pesares.

Moríase de pena la pobre Blanca y se puso tan flaca, que a todos causaba compasión. No había visto a su hermana en tres años, reflexionando que sería cosa de menos valer ir una reina a visitar a una labradora; pero, viéndose consumida de melancolía, resolvió ir a desahogarse unos días al campo.

Pidió para ello licencia al rey, y éste se la concedió de buena gana, por desembarazarse de ella algún tiempo.



CAPITULO XC

LA VIUDA Y SUS DOS HIJAS.

III

Llegó a la casería de su hermana, y desde lejos vió delante de la puerta una tropa de pastores y pastoras que, danzando, se divertían alegremente.

—¡Oh, Dios!—dijo la reina suspirando. ¿Dónde está el tiempo en que yo me holgaba con estas pobres gentes sin que nadie me criticase?

Llegó, por fin, e inmediatamente corrió su hermana a abrazarla. Esta tenía su semblante alegre y estaba tan gruesa, que, comparando su situación con la de su hermana, no pudo dejar de llorar al verla.

Había casado Rubia con un joven labrador nada rico; pero jamás se olvidaba que su mujer



le había dado cuanto tenía, procurando, por cuantos modos le eran imaginables, complacerla y mostrarla su reconocimiento.

No tenía Rubia muchos criados, pero éstos la amaban como si fueran sus hijos, porque ella los trataba con el mayor cariño. Todos sus vecinos la amaban igualmente, adelantándose cada uno a darle pruebas de ello.

Dinero, no tenía mucho, pero tampoco lo necesitaba. Ella recogía en sus tierras trigo, vino y aceite; sus ganados la abastecían de leche, de que hacía manteca y queso; hilaba lana para vestirse. Gozaban todos de buena salud; y, de noche, después de haber concluído el trabajo, se divertían con variedad de juegos.

—¡Oh, Dios!—prorrumpió en voz alta la reina; la encantadora me hizo malísimo presente dándome corona. La alegría no se encuentra en los palacios magníficos, sino en las ocupaciones inocentes del campo.

Apenas acabó de decir estas palabras, cuando se apareció la encantadora y le dijo:

—Yo no he pretendido recompensarte haciéndote reina, sino para castigarte porque me diste de mala gana las ciruelas. Para ser di-

chosa, es menester no poseer sino solamente las cosas necesarias, sin desear más.

—¡Ah, señora!—exclamó Blanca; pues que de esta suerte os habéis vengado, dad fin a mi desdicha.

—Ya está terminada,—replicó la encantadora. El rey, que ya no te ama, acaba de desposarse con otra mujer, y mañana vendrán sus criados a intimarte de su parte que no vuelvas a palacio.

Sucedió esto del mismo modo que la encantadora lo había predicho. Blanca pasó el resto de su vida con su hermana Rubia, con mucho contento y placer, no pensando en la corte sino para agradecer a la encantadora el favor que le había hecho de volverla a su aldea.

MAD. LEPRINCE BEAUMONT.



Beaumont



CAPITULO XCI

L A B A N D E R A .

El esclavo despierta. Ya suena
el clarín que la tropa enardece;
ya custodia el soldado su almena;
ya se acerca la aurora..... ¡Amanece!

Sale el sol y los campos alumbrá;
tasca el freno el corcel arrogante,
y el machete en la mano vislumbra
del guerrero que marcha delante.

La bandera en el centro flamea
resguardada por muros de acero;

va en lo alto la hermosa presea,
que sostiene gentil coracero.

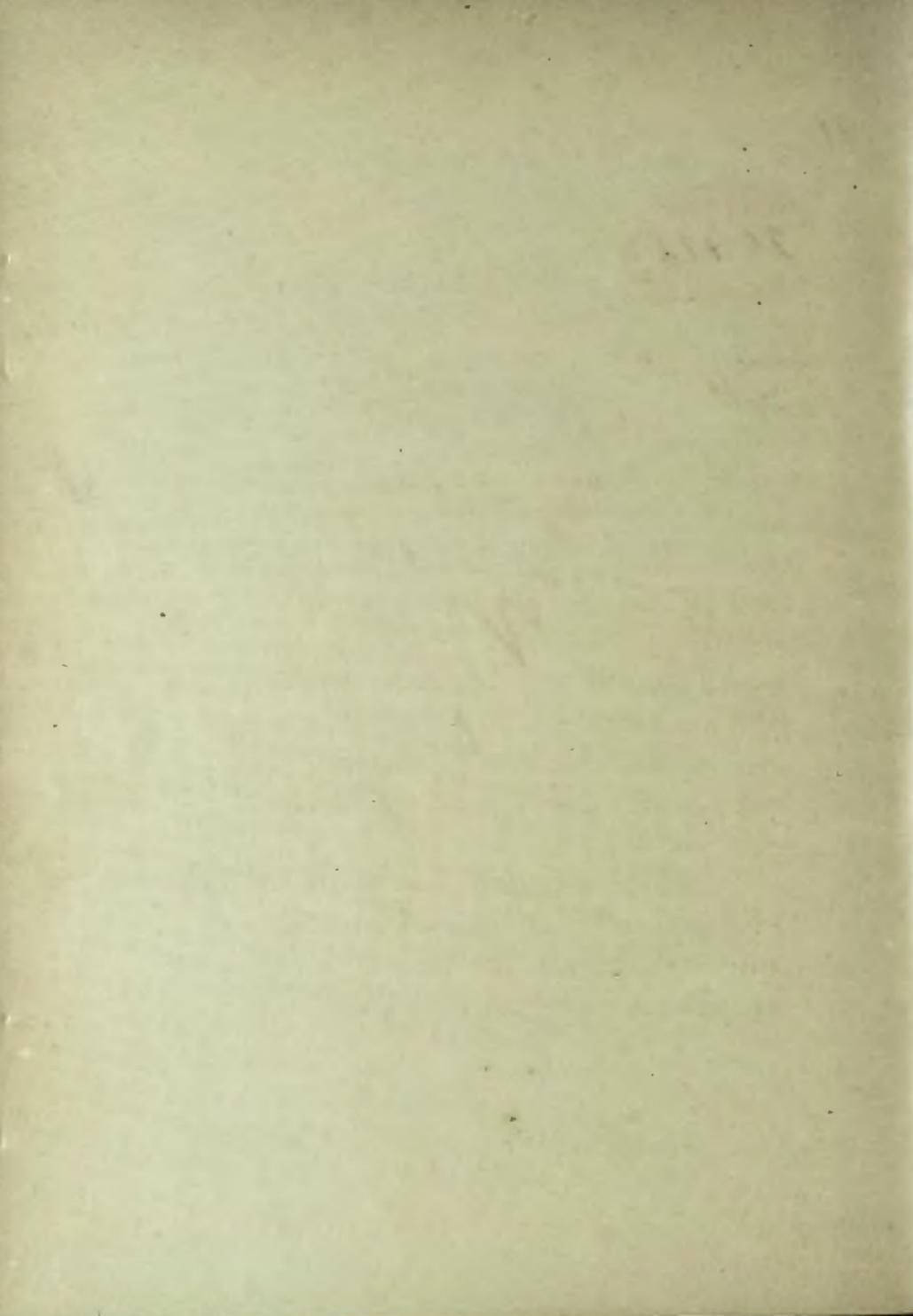
20 2/13
HABANA
A su paso glorioso, triunfante,
la saludan los fieles soldados;
se descubre el anciano viandante
al recuerdo de tiempos pasados.

Es la blanca y azul, la teñida
con la sangre vertida en el monte;
la que tiene una estrella encendida
con la luz del cubano horizonte.

Al guajiro que doy mis cantares
y a los niños—legión venidera—
les suplico que eleven altares
para honrar, con amor, su bandera.

¡Luchen siempre, que nadie los venza;
si flaquean en la lucha un instante,
que Agramonte les dé su “Vergüenza”,
su valor y su esfuerzo gigante!

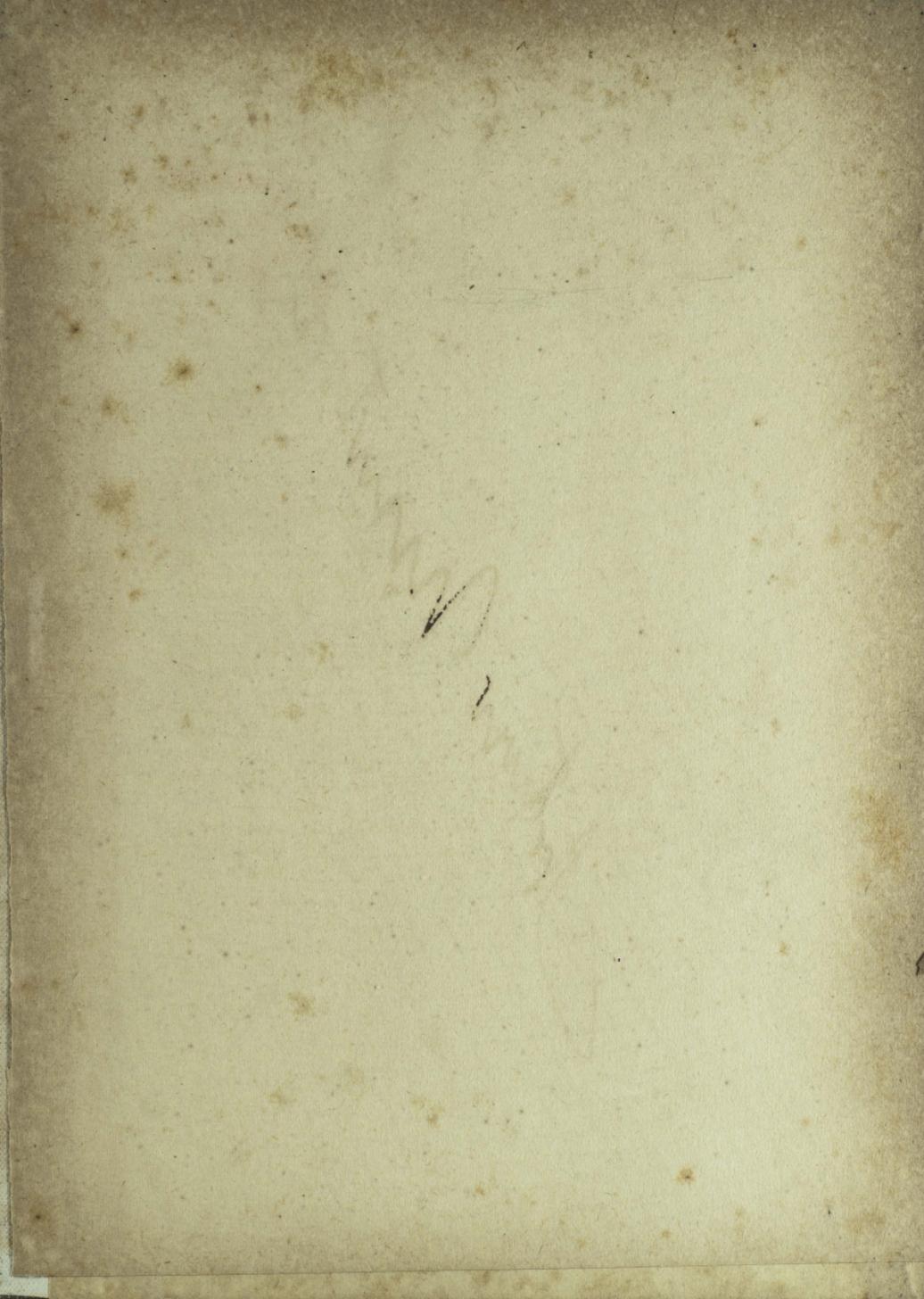
PEDRO MENDOZA GUERRA.

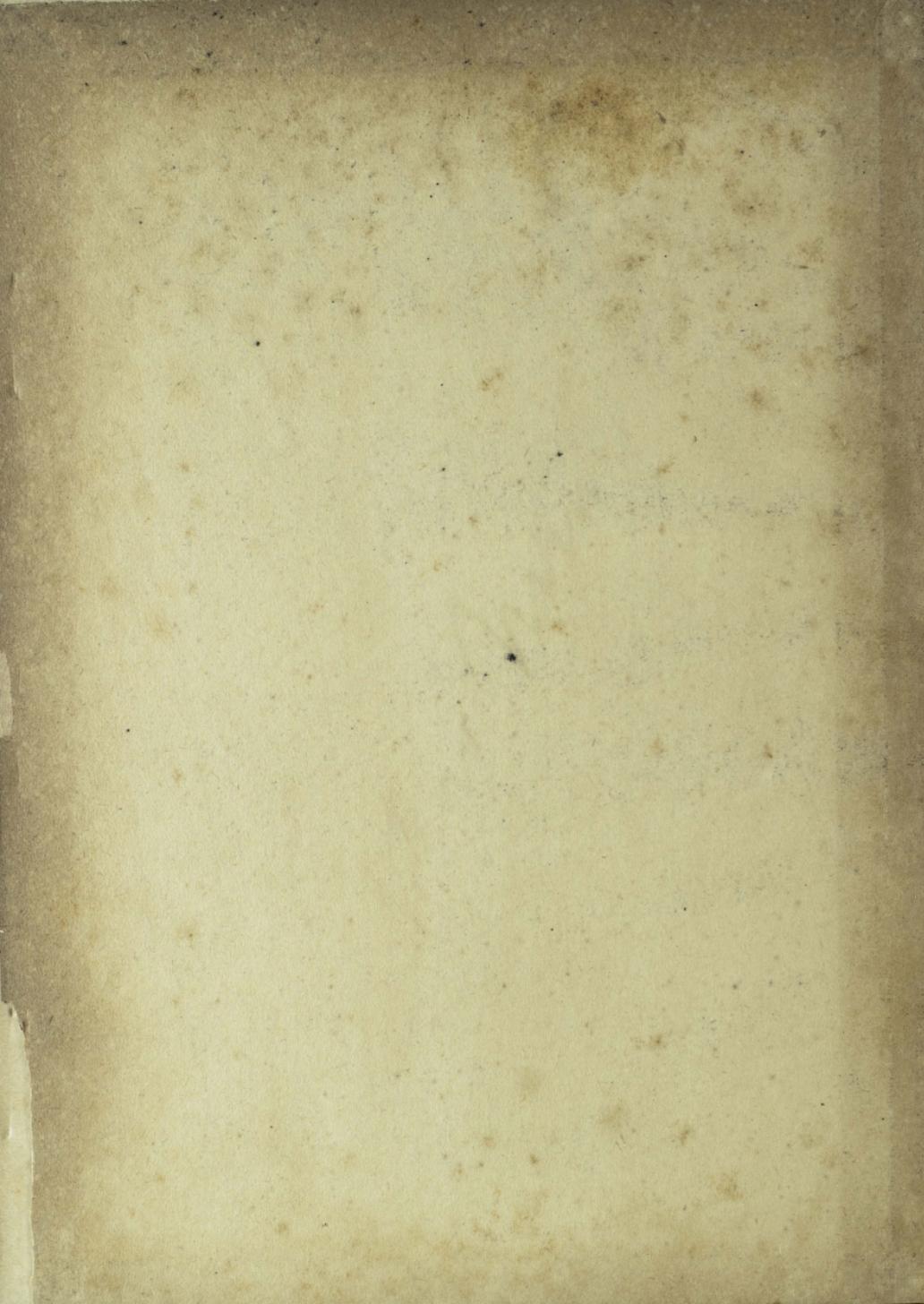


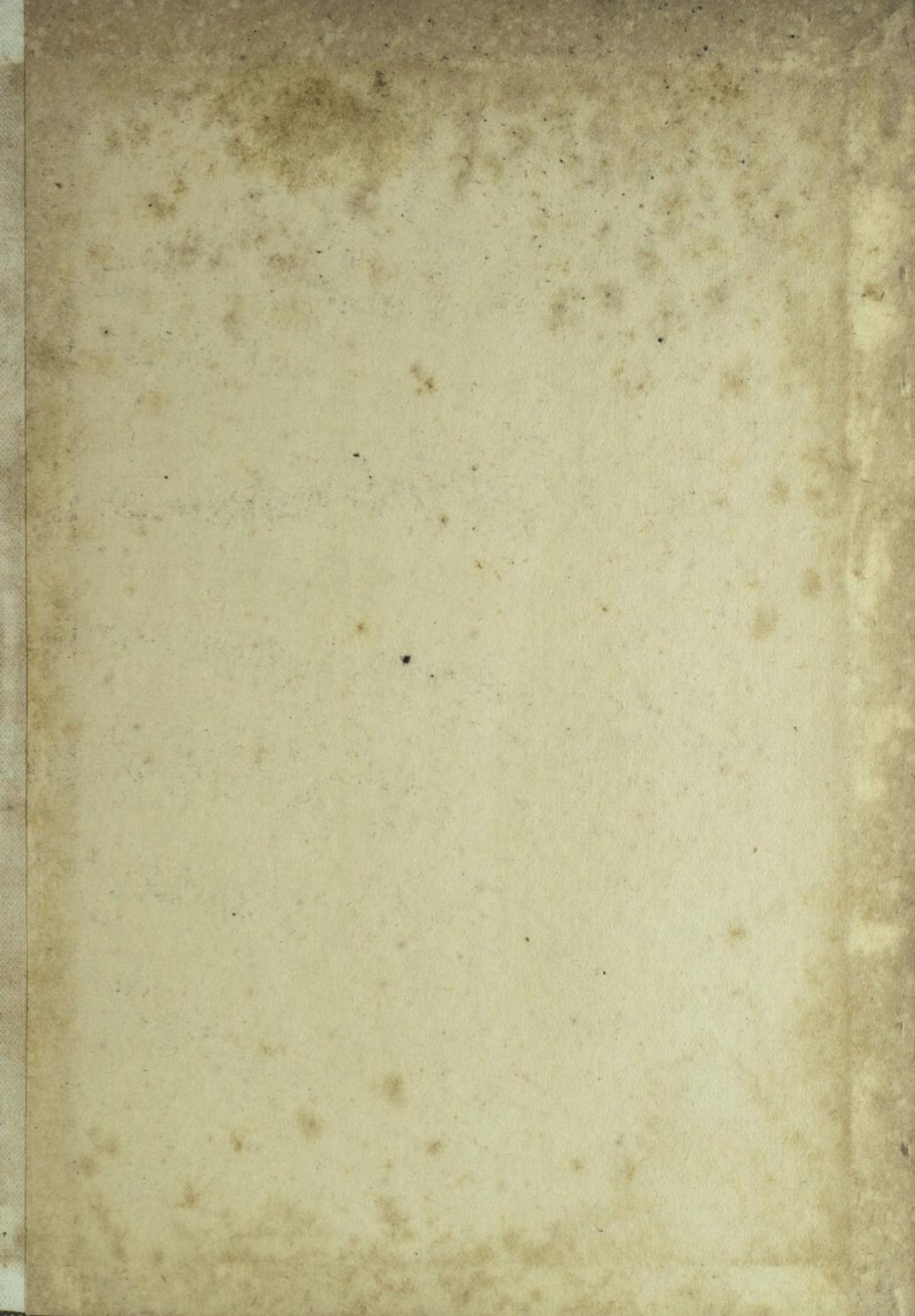
INDICE

Capítulos	Págs.	Capítulos	Págs.
PRÓLOGO	3	XXIII. El falso amigo..	48
I. El primer día del curso	5	XXIV. Los dos pescadores	51
II. La inteligencia de un perro.....	7	XXV. Martí	53
III. A la bandera cubana	10	XXVI. El muchacho, la lagartija y la mosca	55
IV. Astucia de una zorra	11	XXVII. Día de primavera	58
V. El ciervo y el buey.	13	XXVIII. El saltamontes y la hormiga.....	59
VI. La mariposa.....	15	XXIX. El congreso de los ratones	62
VII. El pez volador, el tiburón y la gaviota	16	XXX. El caballo americano y el criollo	64
VIII. Sacrificio de un hijo	18	XXXI. Así mentimos los dos	66
IX. La verdad y la mentira	20	XXXII. Castigo de un codicioso	68
X. Las joyas de una madre	21	XXXIII. El remanso.....	70
XI. El majá y la ju-tía	23	XXXIV. La lección del caballero	72
XII. Mi hogar.....	25	XXXV. La palma y el ciclón	76
XIII. El sabanero y sus pichones	27	XXXVI. El gato con bozal	79
XIV. Los dos anones..	30	XXXVII. La golondrina y el gorrión.....	82
XV. Los aros.....	32	XXXVIII. La rosa y la mazorca de maíz...	85
XVI. La grulla y la rana	33	XXXIX. La cabra.....	87
XVII. Los dos tomegui-nes	35	XL. El chasco de un envidioso	89
XVIII. La opinión del viejo	38	XLI. La montaña y el valle	92
XIX. La lección de un guajiro	40	XLII. Martí	95
XX. Un amigo fiel...	43	XLIII. Ulises y el gigante Polifemo.....	96
XXI. Las palmas.....	45	XLIV. El pino ambicioso	99
XXII. El guajiro y la lechuga	46		

Capítulos	Págs.	Capítulos	Págs.
XLV. La gran noticia..	101	LXVIII. El reyzeuelo y el oso (II Parte)...	157
XLVI. El río y la peña.	103	LXIX. Maceo	160
XLVII. El cuervo.....	106	LXX. Historia de un pescador	161
XLVIII. A una mariposa.	109	LXXI. Historia de un pescador	165
XLIX. Los ciegos corre- dores	112	LXXII. La abeja y el gri- llo	168
L. Un día de fiesta.	114	LXXIII. Juego de niñas..	171
LI. A un ruiseñor....	116	LXXIV. Otro juego de ni- ñas	174
LII. Los cazadores de pájaros	118	LXXV. 24 de Febrero...	177
LIII. La pelota traido- ra	120	LXXVI. Guayo	179
LIV. La muerte del es- clavo	122	LXXVII. Guayo (II Parte)	182
LV. El niño que salvó un tren.....	124	LXXVIII. Los dos príncipes	185
LVI. La garlopa del carpintero	127	LXXIX. El mambisito era de ley.....	187
LVII. Soy cubano.....	130	LXXX. El mambisito era de ley (II Parte)	191
LVIII. El gusano y la babosa	131	LXXXI. Máximo Gómez..	195
LIX. La locomotora y el asno.....	135	LXXXII. Dos exploradores.	197
LX. La palma y el cu- rujey	137	LXXXIII. Dos exploradores (II Parte).....	200
LXI. Los tres peces...	139	LXXXIV. La noche.....	202
LXII. Los caballos ene- migos	144	LXXXV. Historia de Coda- dac y sus herma- nos	204
LXIII. El grillo y la oruga	144	LXXXVI. Historia de Coda- dac y sus herma- nos (II Parte)..	208
LXIV. La liebre y el león	147	LXXXVII. Los reyes magos.	211
LXV. La liebre y el león (II Parte)	149	LXXXVIII. La viuda y sus dos hijas.....	213
LXVI. Trinos	152	LXXXIX. La viuda y sus dos hijas.....	216
LXVII. El reyzeuelo y oso	154	XC. La bandera.....	222









RE